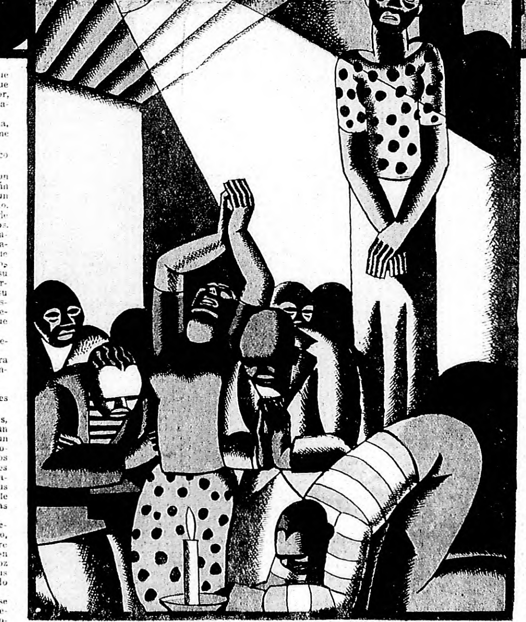
REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I | BUENOS AIRES, OCTUBRE 21 DE 1933 | No. 11

La Macumba de los Brujos Negros



Es la macumba un ritmo primitivo de los mestizos brasileños. Asistir a él, mientras tanto, es, acaso, más difícil que hacer dar un ¡viva! a un judío en homenaje a Hitler.

Y se explica: la macumba es perseguida por la policía. Además, sus adeptos la contemplan como un ritual que los profanos no pueden ni deben macular con su presencia.

Recuerdo aún, como si fuera ayer no más, el episodio.

Era en abril de 1932. Había llegado de Francia a la capital brasileña una ilustre visitante, dueña de un apellido prestigioso, y el primer pedido que formuló al canciller brasileño fué que la condujesen a una macumba de "A Linha Branca de Ubanda", diciéndole: —Paul Morand la vió de cerca y me dijo que es una sensación inolvidable. Le pedí detalles, y respondió: "No quiero robarle el sabor de lo imprevisto. Para quien está en viaje a Río, sería un crimen describir la macumba'.

Un viejo repórter policial fué llamado al ministerio, y se comprometió a franquearles la entrada de una macumba de Jacarepaguá. Esa misma noche, después de una cena en Copacabana, la comitiva se encaminó hacia el lejano barrio.

Poseídas por espíritus malos, en el momento culminante del ritual, que es un instante de luces apagadas, dos mulatas recias cayeron de lleno sobre la ilustre visitante y la derribaron de su silla, y la pisotearon en medio de gritos que aterrorizaban.

La fuga fué precipitada, y la macumba tildada de "bárbaro festín" por la comitiva.

★

Misteriosa, salvaje, sensual, la macumba tiene, tal vez, su justificación en las mismas condiciones en que, poco a poco, fuése formando el Brasil. Y es preciso saber cómo se ha formado el Brasil para comprender la persistencia de la macumba.

Irrumpiendo con sus ejércitos en los inmensos arenales africanos, el rey don Sebastián murió en Alcázar Kibir. Comenzó allí, para los portugueses, la decadencia integral de la raza, grande en su valentía, que se hundió desde entonces en las supersticiones bajas y ritos religiosos propios de los vencidos y de los débiles. Cuenta la historia que el rey don Sebastián, víctima también él de la degeneración colectiva, antes de partir para el Africa, para combatir a los moros, va a la iglesia de Batalha, hace retirar de su túmulo el cuerpo de Don Juan II, ordenando que lo coloquen de pie, espada en mano, y le habla. Casto, apasionado, místico, oye que el muerto le aconseja la expedición. Parte, y muere en Alcázar Kibir, sepultando en las arenas africanas la grandeza de Portugal. Pero, he aquí que aquel rey, si bien muerto, continúa reinando sobre su pueblo que lo espera, porque ve en él al Mesías que, día más día menos, regresará del Africa prodigiosa para devolver a Portugal su antiguo esplendor.

Nació de allí el "sebastianismo", un fenómeno de misticismo político que señala una época.

Con los colonizadores vinieron todas las taras de la decadencia del pueblo lusitano. A ello se unieron los esclavos africanos, introductores, en la tierra agreste, de nuevas religiones basadas en el terror de dioses extraños. Se fundieron con los indios, que también tenían sus misterios, como el bárbaro poracé. Como la tierra infundía pavor, por desconocida y lejana, y como los misioneros católicos propagaban sus doctrinas, hablando de castigos divinos, el país en formación tuvo que poblarse de almas extravagantes.

Se dirá que la macumba es toda ella negra, en la idea y la forma. Creo, mientras tanto, que también es producto de la influencia que ejercieron sobre el espíritu de los esclavos las degeneraciones místicas importadas de Portugal. Ahí está, para darme la razón, la tragedia gigantesca de Piedra Bonita, que los escritores brasileños, a no ser Euclides da Cunha y Araripe Junior, han desdeñado tanto.

Vale la pena escuchar la palabra del primero.

"En las fronteras de Pajehú, en Pernambuco, los últimos renuevos de las formaciones graníticas de la costa se elevaron en forma caprichosa en la sierra Talhada, dominando, majestuosos, toda la región y convergiendo, en ancho anfiteatro accesible apenas por una estrecha garganta entre murallas a plomo. En aquel ámbito, como un púlpito gigantesco, se yergue un bloque: Piedra Bonita.

"Este lugar fué, en 1837, teatro de escenas que recuerdan las siniestras solemnidades religiosas de los achantis. Un cafuso (producto del cruzamiento reunió allí a toda la población de los lugares más cercanos y, trepándose a la piedra, anunciaba, convencido, el próximo advenimiento del reino encantado del rey Don Sebastián. Quebrada la piedra a la que se subiera, no a golpes de maza, sino por la acción milagrosa de la sangre de los niños vertida sobre ella en holocausto al gran rey, irrumpiría, rodeado de su guardia fulgurante, castigando inexorablemente a la humanidad ingrata, pero colmando de riquezas a los que hubiesen contribuído a su desencantamiento.

"Pasó por el desierto un estremecimiento de neurosis... El demente había encontrado el medio adecuado para contagiar su demencia. En torno del ara monstruosa se apretaban las madres, alzando a sus hijitos y luchaban, procurando la primacía en el sacrificio... La sangre chorreaba sobre la roca, acumulándose en derredor y en una profusión que enfermaba."

★

La calle distante del barrio pobre, se pierde a medianoche en un silencio conmovedor. Ladran por las esquinas perros errantes. Mi cicerone, señalando una casita cerrada, en medio de un jardín sin flores, me dice:

—¡Es ahí!... Tenga cuidado; no les deje sospechar que no cree...

Nos acercamos. Ningún rastro de luz en las hendijas de las puertas y las ventanas; pero llegan a nuestros oídos, graves y rotundos, sonidos de tambor que vienen de adentro. Tenemos que aguardar, porque la macumba está en su auge. La espera es larga. Transcurren diez, veinte minutos, sin que el tambor se calle y las luces se vuelvan a encender.

De pronto, el silencio se hace y dos rayos de luz se insinúan por las rendijas. Mi cicerone da tres golpecitos en la puerta principal que, a poco, se abre, asomándose a ella un mulato corpulento, en mangas de camisa, que nos saluda, casi como un "trapista".

—¡Alabado sea nuestro Señor Jesu-Cristo!

La sala no es muy amplia, ni tiene decoraciones extravagantes. Hacia la izquierda, una mesa larga y en torno de ella, sentadas, unas ocho mujeres jóvenes, blancas y negras, conversan. Al fondo, un compartimento de medias paredes, y un hombre que recoge sombreros para guardarlos. Entre la mesa y el compartimento, bancos de madera ocupando el resto del espacio. En éstos, codeándose, hombres, mujeres y niños, blancos, negros y mulatos: una cincuentena de gente simple de arrabal, que asiste y cree.

POR
Brasil Gerson

Sigo de pie, y el mulato que abrió la puerta me pide que me siente. Miro a mi alrededor, y nadie me mira. Piensan, acaso, que soy un creyente.

Parado, delante de la mesa, descubro una figura que no me es extraña.

—¿De dónde diablo conozco este sujeto?

A poco lo identifico: es un mozo portugués de un restorán de la Avenida Río Branco; un individuo gordo y tranquilo. Sobre la cabeza, un mechón de cabellos negros y ondulados. Hace gestos raros con las manos. Se diría que de lo alto baja sobre él una llovizna de chispas, y con la punta de los dedos trata de alejarlas de su ropa, de su cabeza, de su cuerpo. Observo mejor: también su nariz está en movimiento constante, resollando. Indago medrosamente del viejo negro que está a mi lado:

—¿Qué es lo que quiere alejar así con los dedos?

—Son señales de defensa para que los espíritus malos no entren en él.

—¿Es un creyente?

—Es mucho más que eso: es nuestro "Padre de Santo".

En el ritual de las macumbas, "Padre de Santo", es más que un maestro de ceremonias; es un iluminado que tiene las funciones de conectar el mundo de los hombres y el de los dioses, y es capaz, por su poder extraordinario, de ahuyentar los espíritus bajos que invaden el cuerpo de ciertas personas, haciéndolas quedar como locas...

Mixto de fetiquista y de medium de un espiritismo rústico, su influencia es poderosa entre los creyentes y cuando habla, en sus momentos de trance, su voz es la misma voz de los espíritus de la selva, enseñando al mundo el camino de la salvación.

Poco a poco van apagándose las luces de la sala y muy quedo un tambor empieza a redoblar.

Como si continuase quitándose con las puntas de los dedos, chispas invisibles del cuerpo, siempre resollando, "Padre de Santo", que parece mirar con rencor, gira un instante en torno suyo y luego ase de las dos manos a una mulata gorda y alta que está de pie delante suyo. Violentamente le abre los brazos y la mulata gira de prisa sobre sus talones para desplomarse, en seguida, en el suelo sin un gemido, pero retorciéndose en contracciones musculares fuertísimas. "Padre de Santo" la mira fijamente, mascullando palabras incomprensibles. Se vuelve hacia la izquierda y ve a una mujer blanca y delgada, vestida de percal colorado. Repite el gesto brusco y la mujer, vencida por una fuerza extraña, cae también. Caen otras, dos o tres. Queda una sola lámpara, cubierta por un papel rojo. La luz que de ella irradia es tan pobre que apenas se distinguen, de cerguen el desarrollo de la macumba.

Después, poco a poco, una se levanta, desaliñándose los cabellos largos. Deja caer la cabeza sobre el pecho y los brazos a lo largo del cuerpo, en un gesto impresionante de lasitud, y empieza a caminar lentamente en derredor del espacio libre entre la mesa y los bancos. Presto atención y noto que sus labios se mueven.

Se incorpora la segunda y la sigue en todo: en la cabeza pendida, en los brazos en abandono, en el movimiento de los labios.

Se levanta la tercera, y, una detrás de la otra, forman una monótona y lenta procesión circular...

A los displicentes, el espectáculo, por el momento, ha de parecer engracado. Pero ellos que esperen: de aquí a poco, un temblor recorrerá sus nervios y al temblor sucederá, sin duda, un largo minuto de miedo.

De todas las que se desplomaron, única que continúa extendida en el suelo, y su pecho jadea y sus músculos se contraen y distienden con hérculea violencia.

De repente se levanta de un salto, con movimientos desordenados, con las manos crispadas, con los ojos muy vivos — ojos hechos de alucinación y de brillos alarmantes — y de nuevo se arroja al suelo, pesadamente, y se reincorpora y gime en una angustia descomunal que conmueve y asusta. En vano intentan asirla. Dueña de fuerzas multiplicadas y teniendo dentro del cuerpo un eixun perverso, la mulata, inconscientemente, resiste contra los que pretenden asirla de los brazos y se distancia de la mesa, tropezando en los bancos, derribando hombres, mujeres y criaturas.

Se escapan de su boca espumas blancas. El tambor no cesa su tañido acompasado, ni se enciende la luz en la sala llena de pechos jadeantes y de respiraciones contenidas.

onda de frío comienza a invadirme la espina dorsal, de abajo para arriba. ¿Miedo?.. Tengo la impresión nítida de que mis cabellos se erizan... ¿Que me ocurrirá a mí, que soy un extraño en esta asamblea de locos? ¿Y qué otras cosas infernales acontecerán aún?

Por casualidad mis ojos se cruzan con los de "Padre de Santo" y no me explico cómo ellos puedan tener, asimismo en un ceremonial satánico una expresión maleva de una malicia entre sensual y sarcástica. Clava en mí su mirada y yo me siento pequeño, atemorizado ante la idea de que pueda infundirme un espíritu malo de la selva que me haga repetir todo aquello que la mulata robusta anda haciendo.

Pero su mirada, una mirada que sonríe, cambia de dirección y sus brazos dibujan un gesto. Interpretándolo, cuatro negros inmensos se levantan, se acercan a la mulata alucinada, la alzan y la colocan sobre la mesa. "Padre de Santo" ...

en el rostro, casi bonito, masculla algunas palabras y ella se calma, entrando luego en un sueño, en un sopor que mucho se asemeja a la muerte.

Como sonámbulas, con las cabezas bajas, los brazos caídos, los labios como queriendo sorber algo invisible, las otras prosiguen su monótona ronda...

Respiro con alegría, convencido de que lo peor ha pasado ya.

Al contrario: se suceden nuevas sorpresas, tan violentas como las otras.

Caminando de puntillas, suavemente, se acerca un hombre con un botellón en la mano. Todos beben un trago. Frente a mí, ordena:

—¡Mozo: tome de la "marapa"!

Pertenece al ritual. La tomo con los ojos cerrados, tratando de olvidar que su boca ha padecido el contacto de más de cincuenta bocas increíbles...

—Tiene gusto de cachaza... —digo por lo bajo.

—Pero es una cachaza especial: "Padre de Santo" la bendijo... Bebiéndola, nosotros recibimos un poco de las gracias de nuestro orixá.

En el banco de atrás hay una mujer que empieza a dar señales de agitación. Me vuelvo para verla, y en ese momento lanza ella un grito agudo y prolongado, y se desploma, desmayada, sobre mis hombros. Quiero hacerla a un lado; pero no puedo. Intento levantarme, y mis piernas no me ayudan. Tengo que esperar las consecuencias de lo imprevisto, sintiendo nítidamente que se va deslizando por mi cuello, cuello adentro, la baba que se desprende de su boca, apoyada a mi cabeza...

Es la macumba...

El contagio del grito estridente se establece, y otros gritos, aquí y allí, se escuchan.

Son mujeres que reciben, en sus cuerpos, espíritus malos de las florestas, almas en pena de indios que no pudieron, en vida, alcanzar la perfección completa y andan, ahora, por la tierra practicando el mal...

La mujer que cayó sobre mí se agita en contorsiones diversas, se levanta y anda hacia la derecha, yendo a chocar con "Padre de Santo", que la toma de las manos, las alza, la hace dar media vuelta con violencia y la arroja al suelo, como si ella fuese un fardo pesado y muerto.

Otra vez, a la sordina, pregunto a mi vecino de la izquierda:

—¿Pero es que los espíritus de la selva pueden meterse dentro de cualquiera de uno de nosotros?

—¿Con cosas diferentes?

Uno a uno, el "Padre de Santo" fué ahuyentando a los espíritus malos de las mujeres poseídas por ellos. Una a una volvieron a calmarse, recuperando sus sentidos normales.

Se encendieron las luces.

—¿Es el fin?

—No, señor. Es un intervalo.

—¿Y después?

—Vuelve a empezar...

—¿Con cosas diferentes?

—Iguales...

—¿Y se puede fumar allí, cerca de la puerta?

—Orixá no lo prohibe...

Alguien, acaso un íntimo de la macumba, salió sin cerrar con llave la puerta. La abro sigilosamente y gano la calle dejando mi sombrero como regalo al "Padre de Santo"...

¿Religión nativa de Africa? ¿Mezcla de rito africano con oficios sacros de la iglesia romana? Todo eso, adicionado a las supersticiones sebastianistas que los portugueses trajeron de Lisboa en el siglo XVI, a la tierra salvaje de los indios.

Ella tiene en los negros—descendientes de los primeros esclavos traídos al Brasil — sus adeptos principales. Mientras tanto, ella es en esencia una práctica espiritista, viviendo como vive, de la invocación de los indios legendarios que habitaron, siglos atrás, los sertones brasileños del litoral.

Ogún, en las macumbas, es un nombre de todos los momentos, y ogún es para los macumberos, el espíritu de la raza blanca encarnado en San Jorge, que es católico...

Hay dos especies de macumbas: la de la línea blanca de Ubanda y la de la magia negra, ésta un poco más bárbara con un ritual más pomposo; pero siempre con tendencia a dejarse asimilar por aquélla, realizada a base de un bajo espiritismo.

Espiritismo en el fondo, cree en los santos de Roma, a quienes llaman orixás.

La denominación es pópular, propagada por la samba del Morro de Salgueiro. Suele decirse, en las ciudades, en las conversaciones comunes:

—Si mi orixá me ayudase, esa mujer será mía...

Es toda una terminología africana: eixum (espíritu de la selva); mironga (doctrina de los macumberos), ogán (acólito de santo), dando vida a una secta religiosa que tiene como protectores indios, paganos y santos del Vaticano, que plagia cosas de Allán Kardec y vive alabando a Nuestro Señor Jesucristo...

Es posible que haya venido de Africa. Vino, sin embargo, en embrión, con otras formas y con otro sentido. En el Brasil, la fusión del africano con el portugués y el indio, la modificó. Lo cierto es que hoy es una religión singular, diferente de todas las demás por sus ceremonias frenéticas, pero con una misma finalidad: la salvación del hombre, la purificación del

ILUSTRACION DE
Guevara

LINCHADOS

LOS cuarenta y cinco linchamientos y ocho motines raciales que en los diez últimos años he investigado, han ocurrido, a excepción de un motín, en poblaciones rurales o semirurales.

Los linchamientos no fueron difíciles de investigar, porque los que los ejecutaron eran, en general, gente simple y fácil de engañar. En tres ocasiones, no obstante, se sospechó de mí a causa de mis preguntas demasiado directas o de la denuncia de personas que ya me conocían. En estos tres casos desaparecí lo más pronto posible, pues las intenciones de mis descubridores consistían en hacer un suplemento, con mi persona, a los linchamientos investigados.

Otra vez, por el contrario, me perjudicó el poseer cutis blanco y ojos azules (a pesar lo cual me considero un hombre de color). En Chicago, a donde fuí durante los motines raciales de 1919, casi muero, pues un negro me hirió de un balazo, creyéndome blanco.

★

En 1918 una mujer negra, próxima a ser madre, fué linchada, con crueldad indescriptible, junto con diez hombres, en George. Yo llegué al lugar del hecho poco después de la carnicería y cuando la excitación provocada por el suceso se mantenía aún en el aire. Se trataba de una comunidad próspera. Como yo nací en Georgia y pasé doce años de mi vida allí, mi acento es lo bastante típico del Sur como para hablar con sus habitantes sin despertar sospechas de ser de otro lugar. (En el Sur rural el odio a los yanquis no es menor que el que se profesa a los negros).

La misma mañana de mi llegada a la ciudad, por azar fuí a parar al local de un comerciante, quien, como después me informaron, había sido uno de los promotores del tumulto.

Después de efectuar una compra sin importancia, traté de entablar conversación con él. No había, en ese momento, ningún otro comprador en el negocio. Hablamos del tiempo, de la situación política, de las últimas noticias europeas. Cuando su manera de hablar se tornó más amigable, mencioné, como al descuido, los recientes linchamientos.

Instantáneamente guardó reserva, pero no tanta como para que no se le transparentara la admiración que le producía el espíritu varonil que los hombres del lugar habían exhibido.

Mencioné que lo había leído en los periódicos y confesé que nunca había tenido la suerte de presenciar un linchamiento. Mis palabras o el tono sincero que yo fingía, desarmaron su suspicacia. Me ofreció un cajón para que me sentara, arrimó otro para sí y me alcanzó una botella de refresco.

—Me perdonará, señor —dijo— por ser tan reservado, pero es preciso tener cautela. En otros tiempos no hubiera sido necesario, pero a causa de la guerra el gobierno federal, según se dice, anda investigando linchamientos. Parece que existe una ley que considera traición el acto de suprimir hombres fuertes que pueden ser aprovechados por la patria.

—En ese caso no lo acuso de ser reservado — le contesté. ¿Pero no podría el gobierno tomar esa medida tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra?

—No —dijo confidencialmente mi interlocutor, al parecer orgulloso de informar a una persona que ignoraba todo al respecto. No existe tal ley — contestó — a pesar de la presión que hacen para conseguirla los estupidos que no saben lo que son los negros, como lo sabemos nosotros. Los derechos propios de cada Estado, no permitirían al gobierno federal mezclarse en los linchamientos, en tiempo de paz.

—A pesar de ello existe un gobierno de estado, un jefe de policía y agentes locales. ¿Qué me dice de ellos?

—¡Bah! ¿No los elegimos nosotros, acaso? Y a los negros, pese a quien pese, ¿no los tenemos privados de sus derechos de ciudadanos? Comisarios, policías y jueces, tienen bastante tino para no meterse en asuntos de linchamientos.

—¿Quién era el hombre blanco que mataron y que fué el origen del último linchamiento? — pregunté.

—¡Oh! Era un hombre muy rudo. No pagaba sus deudas ni a blancos ni a negros. Era poco querido en el lugar. A la verdad que no era un sujeto muy deseable.

—¿Y entonces por qué lincharon a los negros que los libraron de semejante hombre?

—Es una medida de seguridad, pues debemos mostrar a los negros que no se puede matar a un blanco, por más canalla que éste sea.

Poco a poco me reveló toda la historia. Cuando me contó la forma en que habían asesinado a la mujer embarazada, castañeteó sus dedos y me dijo:

—Fué el espectáculo mejor, de los que he visto en mi vida. Hubiera oído a la moza aullar, cuando la colgamos.

Disimulando las náuseas que su relato me causaba, seguí investigando y preguntando los nombres de los otros participantes. Entre ellos había hacendados, hombres de negocios, banqueros, repórters, editores y muchos secretarios de juzgado.

Mis varios días de discreta averiguación, empezaron a levantar sospechas en el pueblo. Al tercer día de mi permanencia allí, volví al almacén del hombre con quien primero conversé.

Me rogó que esperara a que hubiera atendido otro cliente. Cuando éste se retiró, se acercó a mí y en voz baja me preguntó:

—¿Usted es un enviado del gobierno, no es cierto?

—¿Quién le ha dicho eso? — contesté.

—No le importe el saber quién me lo dijo. Yo conozco a esos enviados en cuanto los veo.

—Muy bien —respondí— No le diga a nadie que eso es cierto. En realidad usted es el único vecino que lo sabe.

Me retiré seguro de que una hora más tarde todo el pueblo estaría enterado de la preciosa "información".

Una hora más o menos después, llegó al hotel en que yo vivía un negro, el cual, con aire de gran misterio, me comunicó que un grupo de hombres blancos estaban discutiendo acerca de mi persona y que, después de deliberar, habían decidido que "algo me pasaría", si insistía en permanecer en el pueblo.

Comprendí en seguida que el negro había sido enviado para asustarme, así que le respondí que para el caso de que "alguien me molestara, tenía una buena pistola automática, con la que pensaba defenderme de todos ellos".

Permanecí dos días más. Pero cuando estuvieron seguros de que yo era en realidad un agente del gobierno y para colmo negro, su furia llegó a un limite en que hubiera sido más que peligroso desafiarla. Escapé de allí a toda velocidad, por un verdadero milagro.

En 1926 fuí a los Estados del Sur enviado por un diario de Nueva York, para averiguar el linchamiento de dos negros y una negra. Poco después de llegar a la ciudad, supe que uno de sus abogados sabía algo acerca de los linchadores. Fuí a verlo, y me reveló bastante sobre ellos. Le pregunté si quería acompañarme al lugar del hecho y me contestó que lo haría gustoso, siempre que volviéramos antes del anochecer, "pues esos labradores — agregó — son capaces de cualquier cosa". Le prometí hacer lo que quisiera, y salimos. Me llevó a las afueras de la ciudad, a una casa situada en lo alto de una loma. Me presentó al dueño, a quien dije sin preámbulos quién era y lo qué deseaba. Este no se negó a informarme y me relató lo siguiente:

Los tres negros habían sido linchados por creérseles culpables de un asesinato en el cual tenían tanta participación como yo mismo. Después de haberlos juzgado, fueron encerrados en un calabozo. El día del motín la muchedumbre los arrancó de allí, llevándolos a las afueras de la ciudad. Una vez en el campo les ordenaron correr y, al hacerlo, descargaron sus revólveres en las espaldas de los fugitivos. Los dos muchachos murieron instantáneamente, no así la muchacha, quien, a pesar de haber sido alcanzada por las balas, seguía con vida dando espantosos gritos.

Uno de los linchadores me contó después que "había sido necesario gastar cincuenta balas sobre l[illegible]za, para que al



fin, una de ellas, hiciera cesar sus aullidos".

Indagando descubrí que el sheriff, sus ayudantes, varios vigilantes y tres carceleros, tres parientes del gobernador, un miembro de la legislatura y acaudalados individuos pertenecientes a la vida social y política del lugar, habían tomado parte en el linchamiento.

Cuando volví a Nueva York y empecé la publicación de mis artículos, fuí avisado, anónimamente, que si seguía la campaña, se daría aviso a la justicia de que yo era un negro que quería pasar por blanco. A esto respecto hay una graciosa anécdota: Hace muchos años, un proyecto de ley, por el que se declaraba negro al que tuviera una gota de sangre negra, fué introducido en la legislatura del Estado sudista a que me he referido. Uno de los miembros, al tratarse el asunto, se levantó y dijo: "Si ustedes insisten en ese proyecto, antes del oscurecer todo el país estará cubierto de sangre y, lo que es peor, no quedará mucha gente blanca para habitar los Estados Unidos".

★

En otra ocasión, un serio motivo racial tuvo lugar en Tulsa (Oklahoma), ciudad de unos cien mil habitantes. En tiempos lejanos, Tulsa había sido una villa sin importancia, de no más de cinco mil vecinos. A los negros se les había obligado a construir sus viviendas en los suburbios, en un lugar cerca de las vías del tren. De pronto se descubrió petróleo, y la villa, como consecuencia, se convirtió en una próspera ciudad. Los negros adelantaron a la par de los blancos, y empezaron a levantar casas confortables, establecimientos comerciales, un hotel, dos cinematógrafos y otros edificios importantes. Todo eso, bien entendido, en el lugar al que habían sido relegados.

El progreso de la ciudad hizo que esos terrenos se valorizaran, y entonces los blancos trataron de comprárselos a precios bastante más bajos que su valor real. Los negros, como es natural, se rehusaron a venderlos. Una tarde, en 1921, un muchacho negro, mensajero, fué a entregar un paquete a una oficina que se hallaba en una de las calles céntricas de Tulsa. La ascensorista, una joven blanca, al ver que la había llamado un hombre de color, abrió bruscamente la puerta del ascensor.

Dos versiones hay de lo que sucedió entonces. El muchacho declaró que la mujer hizo andar el ascensor cuando no había acabado de entrar, y que se vió obligado a arrojarse dentro de él, para salvar su vida, pisando, al caer, el pie de la muchacha. Esta, por otra parte, dijo que el negro había tratado de violarla. Cualquiera que fuese la verdad, la prensa local publicó horribles detalles del hecho. Esa noche el pueblo se encaminó a la cárcel, para linchar al muchacho. Un grupo de negros se ofreció para proteger el prisionero, pero el sheriff rechazó su ayuda, y cuando éstos se retiraban a sus casas, se encontraron con una masa de gente enfurecida, que los atacó. Los negros, en menor número, tuvieron que huir y refugiarse en su barrio. Rápidamente cundieron las noticias del encuentro y el gentío fué creciendo poco a poco hasta alcanzar el número de cinco mil almas, todos armados de ametralladoras, rifles, dinamita, revólveres y pistolas automáticas, latas de gasolina y kerosén. Hasta aeroplanos se unieron al motín.

Cerca del lugar en que vivían los negros, entraron en acción, dirigidos por dos hombres que habían sido oficiales del ejército americano en Francia. Siendo los negros muy pocos, y no teniendo casi ningún medio de defensa, se vieron perdidos desde el primer momento. Mientras eran rechazados, muchos de ellos murieron o fueron heridos de gravedad. Entre estos se cuenta una pareja de negros ancianos, a quienes mataron bárbaramente los amotinados, mientras se hallaban arrodillados, rezando y pidiendo clemencia. Cuarenta y cuatro manzanas fueron quemadas, después de que la turba blanca concluyó de saquear las casas y los comercios.

Yo llegué a Tulsa en momentos en que la exaltación era enorme. Supe que habían sido llamados comisarios especiales para defender la ciudad de un ataque de los negros, pues corría la voz de que éstos estaban preparándose. Fué fácil hacerme pasar por uno de estos comisarios, y esa noche, en la Municipalidad, tuve que contestar solamente a tres preguntas: nombre, edad y domicilio. Después se nos ordenó lo que debíamos hacer, es decir, guardar por todos los medios de que fueran respetadas, por todos los medios, las leyes del Estado de Oklahoma. Un hombre de mala catadura que se hallaba a mi lado, dijo, con mal disimualda alegría: "Ahora pueden salir y matar al primer negro que encuentren, que la ley los ampara".

Cuando empezaron a aparecer mis artículos sobre este motín, y revelé mi condición de negro, más de un centenar de cartas anónimas me llegaron, amenazándome de muerte.

★

Una escapada milagrosa fué la mía durante la averiguación de un complot que, según los blancos del lugar, estaban preparando los negros para "masacrar" la gente blanca de Arkansas. Se supo después que los hombres de color se habían reunido tan sólo con el objeto de crear una cooperativa que defendiera sus intereses de la explotación de los propietarios, comerciantes y banqueros, muchos de los cuales practicaban únicamente la usura. Fuí enviado allí por un diario de Chicago, para recoger las noticias referentes al asunto.

Cuando descendí del tren en Elaine, noté que era observado muy de cerca por un grupo de hombres. A la media hora de estar allí, dos empleados de un negocio, un mozo de restaurant y un boletero, ya me habían preguntado quién era, porqué había ido allí, y qué pensaba de los recientes motines raciales. Cuando les dije que simpatizaba con éstos, la suspicacia que habían demostrado al interrogarme, cesó poco a poco, y se mostraron satisfechos de tener un repórter metropolitano a quien darle el lado de la historia que a ellos les convenía. Fuí "convencido" de que la noticia de la masacre era cierta. Todos hicieron lo posible por desviarme de la verdad. Volvieron a sospechar de mí cuando pretendí insistentemente enterarme de los salarios que percibían los negros y de las condiciones en que trabajaban. Por más ruda que sea la labor que éstos hacen, siempre reciben la mitad del sueldo de un blanco y son tratados como animales, sin ninguna consideración ni respeto. Los negros que protestaron contra este estado de cosas, fueron linchados. Tal la verdad acerca de la pretendida "masacre".

Sin que ningún rumor de lo que estaba sucediendo llegara a mis oídos, corrió la voz por la ciudad de que yo era negro. Una tarde en que caminaba por la calle principal, dirigiéndome a la cárcel, donde era esperado por el sheriff, que había quedado en permitirme entrevistar a uno de los negros complicados en la "conspiración", un hombre de color, corpulento, se me acercó y, hablándome en voz muy baja, me rogó que lo siguiera, pués tenía algo importante que comunicarme. Lo seguí y cuando se convenció de que nadie podía oirlo, me dijo que no fuera a la cárcel, que en la ciudad había gran hostilidad contra mí, y que pensaban atacarme. En la manera de hablar del hombre comprendí que decía la verdad.

Me dirigí a la estación, ya que la entrevista con los prisioneros, estando el sheriff y los carceleros delante, no añadiría nada importante a mi relato, y tuve la suerte de poder alcanzar uno de los dos trenes que diariamente salían de Elaine.

Cuando expliqué al guarda, que me miraba sorprendido, que no tenía boleto porque mis obligaciones en Elaine no me habían dado tiempo para sacarlo, exclamó:

—¡Pero, señor! Usted se va en el momento en que va a empezar la fiesta. Hay allí un negro que quiere hacerse pasar por blanco, y los muchachos van a divertirse un rato con él.

Le pregunté cuál era la naturaleza de esa diversión.

—Puede imaginársela, señor. Cuando los muchachos terminen con él, con seguridad que no podrá pasar más por blanco...



WALTER WHITE

ILUSTRACIONES DE PREMIANI

SE BESARON

A LAS ocho en punto apareció Laura. Llegó con su paso armoniosamente masculino de mujer alta y esbelta. Se dieron la mano, mirándose indecisos, con una sonrisa inexpresiva. Quedaron así un momento en silencio.

—¿Adónde vamos? — dijo Ricardo finalmente. Prefería dejarle la iniciativa; sin plan preconcebido, su instinto le aconsejaba adoptar una actitud pasiva.

Laura no era una mujer común, indudablemente; cierto misterio que quizás no era sino el resplandor de su intensa feminidad cohibía a Ricardo. A eso agregábase su pereza, su temor a nuevas aventuras, a lo desconocido. El recuerdo de las experiencias anteriores perduraba siempre en él. La atracción de Laura debía ser muy poderosa para vencer esa aprensión.

—Vamos al parque — contestó ella.

—Vamos. La respuesta de la muchacha hizo recordar a Ricardo el parque de la pequeña ciudad, con sus caminos bordeados de grandes árboles, sus senderos misteriosos; de noche debía ser muy propicio para citas amorosas. Amorosas.... Tuvo un sobresalto. "Pero ¿y ellos, entonces?" "No, hombre", rechazó inmediatamente su cerebro. "Ya haciéndose ilusiones!"

Mientras caminaban hablaron de banalidades, él siempre atento a no decir nada que pudiese revelar algo de su mundo interior. Cuando llegaron al parque ya era casi de noche y no había nadie.

—Sentémonos — propuso ella. La dejó elegir para observar qué lugar prefería. Se sentaron en un extremo del parque, en una rotonda, frente a frente. Siguieron conversando sobre cosas insignificantes, y Ricardo comenzó a sentir cierta nerviosidad; esa situación no podía prolongarse; tuvo la intuición de que pronto iba a resolverse de algún modo. Todo se prestaba a una conversación más íntima, a un flirt, al amor; el lugar poético y solitario, la hora discreta. En efecto, gracias a una coyuntura un poco forzada en la conversación, la muchacha preguntó:

—¿Usted no cree en el amor a primera vista?

Aparte la intención de dar otro cariz a la entrevista, Ricardo adivinó que esa pregunta respondía al alto concepto que de su experiencia amorosa tenía la muchacha. Cierto es que él debía haberla intrigado: un extranjero, joven, buen mozo, elegante, con algo de exótico, solo, de paso por una pequeña ciudad de provincia.

"Cuando en realidad no tengo ninguna experiencia", pensó.

Prefirió rehuir la conversación, contestando superficialidades, por esa desconfianza en sí mismo. Creía que dando a conocer su modo de pensar, desvelaría su misterio, luego su prestigio disminuiría. Hablaba con un tono seguro y pausado, precisamente para ocultar su estado de ánimo.

La conversación prosiguió así sobre temas impersonales, amor, mujeres, etc.... Pero Ricardo, a pesar de su resolución, insensiblemente, bajo la influencia del encanto que emanaba de la muchacha, comenzó a hablar de sí mismo; así expresó su deseo de evitar aventuras amorosas; prefería la tranquilidad, la calma. Ella le inspiraba tanta sinceridad que no pensó en la posibilidad de ofenderla; en ese momento veía en Laura una buena amiga, una camarada comprensiva. No pensó tampoco en que sus palabras podían despertar más interés aún y curiosidad en su ánimo.

—¿Pero no le pesará la soledad? — dijo Laura — ¡Se aburrirá, siempre solo!

La soledad... En realidad siempre había temido y huído de la soledad, pero nunca lograba evitarla. Siempre había estado solo... Se sintió conmovido. Así, cuando la muchacha, con voz cálida, llena de simpatía, susurró:

—¿Ni siquiera querrá una amiga, una buena amiga? Ricardo, comprendiendo que la amiga era ella, contestó con toda sinceridad: ¡Oh, sí!

Ella debió sentir esa sinceridad, pues con un gesto imprevisto, encantador, extendió sus brazos y puso sus manos en las de Ricardo.

—¡Oh, sí! — repitió, imitando su tono, y tuvo una risa breve.

—Entonces ¿me querrá como amiga? — agregó con coquetería. Ricardo le oprimió tiernamente las manos. El gesto tan lleno de gracia, tan espontáneo, lo había turbado; sintió una gran dulzura. Una corriente cálida de simpatía se había establecido entre ellos por medio de sus manos entrelazadas.

Sin embargo, esas manos tibias y sedosas abandonadas en las suyas, todas esas sensaciones, aumentaron la turbación de Ricardo. Turbación que comenzó a transformarse en deseo. La imagen del beso se presentó por primera vez en su espíritu:

—La besaré? — pensó — ¿será mejor esperar?

Se hallaba ante el caso común a todos los hombres en esas circunstancias: sin mostrar audacia, con riesgo de recibir un rechazo enérgico. Si no mostrar audacia, pasando por tonto. Estuvo tentado de besarle las manos, pues de todas maneras su deseo aún se hallaba confundido con cierta emoción.

La muchacha, quizás por haber observado esos sentimientos contradictorios, retiró sus manos sin que Ricardo opusiera resistencia.

—"¿Le besaré?" — se preguntó nuevamente.

Los ojos de Laura brillaban en la oscuridad. Ricardo se imaginó que los suyos también debían emitir fosforescencias. Ante la idea de que traicionaba algo de su tumulto interior, adoptó una actitud indiferente.

—"Pero tengo que besarla" insistió en su cerebro. Ahora consideraba ese beso como una necesidad. Se lanzó entonces en una hábil dialéctica para hacer derivar la conversación sobre temas no muy ajenos al beso, para luego llegar a éste. Lo consiguió; su habilidad consistía en hablar del beso con indiferencia, como ya cansado de esas cosas tan banales.

—Pero hay que hacerlo; es la costumbre; ¿no es así?

La muchacha rehusó, pero no había convicción en su negativa. Ricardo lo comprendió, pero no osó insistir.

—Como quiera. Se lo proponía, nada más.

Ya era un poco tarde; la noche refrescaba. Decidieron volver.

En el camino la observó de reojo. Era realmente bonita. ¡Tan alta y esbelta! ¿Qué encanto peculiar era el suyo, para hacerle olvidar sus decisiones y turbarle de tal manera? Nuevamente el deseo lo abrasó; le tomó el brazo, e inclinándose ligeramente hacia ella, le dijo:

—Entonces ¿no quiere que la bese? Yo sé por qué: Usted teme que la juzgue mal. Pero le aseguro que se equivoca. Total, ¿qué es un beso?

Empleaba la táctica tan vulgar, pero eficaz, de restar importancia al objeto perseguido. Laura no contestó. Ricardo comprendió que aceptaba. Llegaron a la salida: la avenida que conducía a ella, bordeada por grandes árboles, se hallaba en la oscuridad. El lugar era propicio. Se detuvieron, muy cerca el uno del otro, mirándose ansiosos. Ricardo sentía su corazón latir fuertemente, tanto, que su respiración se vió dificultada. Creía notar en la muchacha el mismo estado de ánimo.

Extendió una mano un poco temblorosa y la apoyó en el brazo de Laura. Con voz velada murmuró:

—¿Entonces sí?

Y sin esperar la respuesta, deslizó sus brazos alrededor de la cintura de la muchacha y la atrajo hacia sí, mientras ella musitaba el eterno No, no, pero abandonándose completamente.

Permanecieron así abrazados, silenciosos. La emoción de Ricardo era intensa. Ella lo quería, no cabía duda. Lo quería, sí. Sentía en su cuello el aliento tibio de Laura. Le acarició el cabello, y con una suave presión le hizo levantar la cara. Y la besó.

★

POR

Bayard Hornos

ILUSTRACION DE

Pascual Güida



El Otro Lado de la Estrella ★

por **Raúl G. Tuñon**

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI



AMBIL se acuesta al pié de una colina árida, en la puerta de un pueblecillo. Los llanos riojanos, por donde una polvareda violácea sube en los crepúsculos, llenos del calor de la tierra reseca, mientras los perros lentos ladran su sed al horizonte de cactus. A lo sumo un rumor de cencerros — las escasas haciendas flacas se recogen, — y el caer de las campanadas en el fondo de la noche, sobre Ambil y sus alrededores. Así es de lindo y de triste Ambil, con sus casuchas, su iglesia vieja y un rodar de pedruscos hacia la llanura. ¿Cómo había ido a parar allí, yo, duende envenenado de las ciudades?

Estos recuerdos no me envejecen. Había empezado a vivir demasiado pronto. Además, han pasado diez años. Parece otra vida, aquélla. Lo cierto es que yo llevaba un revólver, cincuenta pesos, y una vaca. Mis amigos de La Rioja habían resuelto enviarme al Milagro — Estación El Milagro, — para ponerme a salvo de un posible tiroteo pre-electoral, ya que me había embarcado en una vaga aventura — en la cual ahora no me embarcaría, — pero que por aquel tiempo constituía para mi un espectáculo y un fervor extraños. En El Milagro pasé algunos días cansados, aburridos, en medio de los llanos. Y unos amigos me entregaron otra vez a la aventura, que era lo que yo quería. Y la aventura consistía en ir a dirigir las elecciones a Ambil, donde votarían unos cuatrocientos ciudadanos. No puedo pensar mucho tiempo en todo eso sin sonreirme. ¡Mire que arriesgarse así, en plena adolescencia, con un revólver al que se tiene miedo! Lo cierto es que los paisanos se comieron la vaca, y se gastaron en vino los cincuenta pesos. A la hora de votar, nadie quería saber nada. Prometí ocho pesos a cada uno de los que estaban en el comité, junto a las cenizas de la fiesta, si votaban mi lista partidaria; a las cinco de la tarde vinieron a reclamarme el dinero. Pero había un sulky a mano, y un buen hombre que me indicó el camino. Dos leguas hasta Tello, a través de un paisaje desolado. En Tello, el ferrocarril. Y el turco, el infaltable turco correligionario, dueño del boliche del pueblo, que me pagó el pasaje hasta La Rioja. Esto no tiene importancia, pero es un cuento. Esto es un cuento, pero es verídico.

El Millonario de Mil Besos

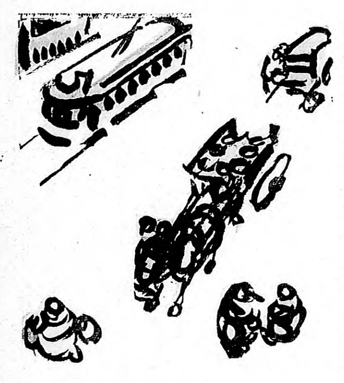
Lo había conocido hace ya muchos años, cuando era muchacho y solía frecuentar un café pintoresco, con los bolsillos del saco repletos de poemas. Era un malandrín, un verdadero malandrín. Era educado, tenía veleidades literarias y un ligero aspecto de ex sacerdote. Desde el cuento del billete premiado hasta las ventas de rifas absurdas de "María Auxiliadora", y las crónicas de Ushuaia, a dond ehabía estado "y no de curioso", y las andanzas por Europa y América, y una rara teoría de reivindicaciones sociales, todo contribuía a dar a este hombre, ante mi asombro casi niño, un relieve extraordinario de personaje de novela. El tiempo me lo cambió, transformando a Pascual en un pobre hombre a contramano.

Había perdido su pista. Una carta me escribía de Chile, y cometí la torpeza de no contestarle. Me escribía desde la cárcel.

El otro día leí la crónica policial. El infeliz se había tirado el último lance de su vida, esta vez con billetes de "mil besos". Le había fallado. Preso, sintióse viejo. Era pulcro, lento, educado, con aspecto de ex sacerdote, pero sin embargo murió de mala manera. Se dió muerte en un retrete. Con la cara contra la pared, y ahorcado con su camiseta, lo encontró el agente de la Alcaidía. Así murió el "croniqueur" del presidio, el intérprete insólito de Bakounine, el lavador de cheques, el vendedor de rifas de "María Auxiliadora", el millonario de los billetes de "mil besos". Con la cara contra la pared, ahorcado con su camiseta, en un retrete de la alcaidía. Jamás hubiera imaginado — ni él mismo — ese final. Era un malandrín, pero le faltó el sentido del humor. Lo perdió la solemnidad. Andy Tucker y Jefferson Peter no pudieron ser sus maestros en todo.



Las Dos Personalidades



Gimeno tenía, como el Café de la Puñalada, dos personalidades. Cuando estaba bajo el efecto de la droga hablaba continuamente inventando anécdotas y proyectando viajes maravillosos. Antes de entregarse a la droga, era lo que era, un hortera valenciano, que había trabajado de actor en tal cual compañía de la legua. El Café de la Puñalada durante el día, era inofensivo rincón de empleadillos. Durante la noche se convertía en una cueva de foragidos, viciosos, prostitutas, vendedores de alcaloides, vagos y, — lo que para un burgués sería una redundancia, — literatos. Gimeno me consideraba uno de sus camaradas del día. Jamás hablaba conmigo de otra cosa que de vulgaridades. Pero pronto iba a ingresar yo en el Klan del Sueño Despierto. Una soprano fracasada que conocí en cierta pensión, me había iniciado, al parecer, brillantemente, en la droga. Gimeno mostróme entonces la otra cara. Pasé a ser uno de sus camaradas de la noche. Realicé varios viajes con él. Estuve en Turkestán, viví en Singapore y tuve algo que ver también en una ciudad de Europa, nada menos que con la Reina de Rumania. Claro está que, cuándo volvía en mí, alejados los efectos de la droga, me encontraba en una mesa del Café de la Puñalada, frente a una ventana, por donde se abría el día insolente, junto con la puerta de un mercado que quedaba en la esquina opuesta. Y los carros, los tranvías, las mucamas y los lecheros, me lanzaban súbitamente a la más amarga realidad.

Muchos viajes hice con Juan Gimeno. En el último, me negué a acompañarlo. Se trataba de un viaje sin regreso. Juan Gimeno quería probar la heroína. Y se dió una "prisse" tan fuerte — capaz de matar a dos caballos, — que se fué al otro mundo. Me había dicho: "Si me duermo, es fatal. Trata de despertarme violentamente, de lo contrario, estaré perdido".

Y se durmió hablando de la Mongolia. Yo palidecí y llamé al dueño del bar que sacudió a Gimeno con fuerza, enterado por mí de lo que pasaba. Pero Gimeno — esta vez era cierto — estaba ya en pleno viaje. Tuvo la oportunidad de volver a contarme lo que había visto, pero no volvió. Vaya uno a saber por qué regiones andaba y andará ahora Juan Gimeno, traidor al Klan del Sueño Despierto, que abandonó la C. por la H... Vale decir, la cocaína por la heroína.

El Hombre de Goma

Era un hombre alucinante. Ejercía cierta influencia sobre nosotros recién iniciados. Tenía el tic del hombre de goma. Me explicaré. En las madrugadas de la droga, saturado de cocaína, comenzaba a ver fantasmas. Primero gritaba:

—"Saquen a ese perro".

—"No hay ningún perro", le decíamos.

Pero él insistía tanto, que al final todos oíamos ladrar a un perro, y hasta lo perseguíamos por la habitación. Pasada la crisis, Jacquemart jugaba con palillos de dientes. Era un hombre prematuramente envejecido. Había recorrido el mundo con una troupe de elefantes que se le enloquecieron en Chile.

Pero lo terrible era cuando Jacquemart estallaba en gritos despavoridos y daba vueltas a la mesa:

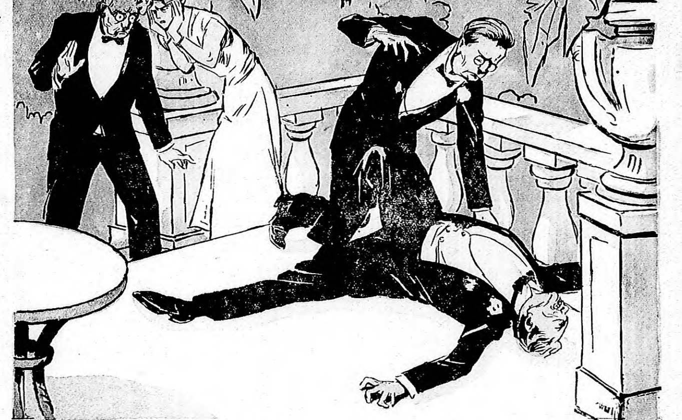
—"El hombre de goma, ahí está el hombre de goma..."

Este extraño personaje, este hombre de goma que visitaba todas las madrugadas a Jacquemart, era un ser invisible para nosotros. Jacquemart parecía conocerlo bien. El hombre de goma era redondo, con una gran cara de luna. No caminaba, rodaba, saltaba, y desaparecía en medio de grandes carcajadas, por una puerta, para aparecer súbitamente por otra. Era realmente inquietante el hombre de goma, pero me temo que no existía, en realidad. Era una pesadilla de Jacquemart. Porque, me pregunto: ¿Cómo es que Jacquemart pudo dedicarse más tarde al negocio de gomas? Una vez, pasaba yo por la vieja Calle Nueva de San Francisco, en Barcelona, y me detuve en la vidriera de un sordido negocio en cuya puerta se balanceaba un gran cartel: "Toda clase de gomas". Por la vidriera pude ver a Jacquemart, con los codos sobre el mostrador, instalado al frente de su tienda. Entré a conversar con él. ¿Estaba tal vez, más loco que nunca? Lo cierto es que me dijo:

—"El hombre de goma era un buen sujeto. Un día vino a visitarme estando yo solo, y me convenció. Lo dejé hablar, le permití que se sentara a mi lado. Me ofreció este negocio, no muy lícito, pues todos los artículos son de contrabando, pero que me asegura los días de mi vida. Solo me pidió una cosa: que abandonara la droga. Así lo hice. Aunque lo triste del caso es que ahora el que abusa de los tóxicos es él. Y está muy desinflado".







La Vuelta de la Rata

¡QUE animal asqueroso es la rata! —exclamó el doctor Feneró, que durante muchos años fué médico en las colonias africanas — no me avergüenzo en confesar que simplemente les tengo miedo. Son animales que viven de la carroña. El olor penetrante que despiden, su abominable chillido que retumba en el aire, todo esto provoca en mí un miedo místico. Sin embargo, hace poco, las ratas, o más bien una rata, me prestó un servicio especial. Gracias a uno de esos asquerosos animales, me salvé de una situación muy embarazosa. ¿Se acuerdan ustedes de Chandal?

—¡Cómo no! contestó uno de los presentes, — si no me equivoco, terminó el colegio junto con usted; parece que el pobre ha muerto hace poco.

—No, no es exacto, pero para la vida y para los hechos es lo mismo que si se hubiera muerto. Si les interesa les contaré toda la historia.

"Me encontré con Chandal en Indochina. Sabía que él trabajaba en las colonias y en muchas oportunidades demostró un valor extraordinario. Pero tardé mucho tiempo en volverlo a ver. El era, si ustedes recuerdan, de la misma edad que yo y debía tener en aquella época poco más de 30 años, pero parecía un viejo, como la mayoría de los europeos que viven mucho tiempo en los trópicos.

Aterrorizado contemplaba yo su cara seca, buscando en vano los rasgos conocidos y me preguntaba con terror si el destino me depararía el mismo fin si me quedaba en las colonias.

Pronto supe también otra cosa. Chandal se había convertido en Indochina en alcoholista inveterado y dos días después de encontrarlo fuí testigo de un ataque de "delirium tremens". Se retorcía como una víbora, su voz no parecía ya humana y con palabras entrecortadas hablaba de sus alucinaciones apocalípticas; le parecía que enormes bandadas de ratas se echaban sobre él y le mordían los pies. Esto es muy común en tales ataques, en que los enfermos ven víboras, arañas, serpientes, etc., pero un ataque tan fuerte nunca había visto. Chandal, con la cara desfigurada por el miedo, luchaba desesperadamente con un enemigo imaginario; al verlo se me ponía la piel de gallina y yo miraba el suelo esperando ver también esos asqueros animales. Atendí a Chandal durante más de una semana. Al final él mejoró algo y fué a atender mis asuntos. Antes de irme él me prometió tomar sólo agua hervida y yo fingí que su promesa me alegró; pero en el fondo creí poco en sus palabras, pues comprendí que mi pobre amigo no tenía salvación e íntimamente estaba convencido de que lo veía por última vez.

★

Sin embargo, hube de verlo todavía y en circunstancias muy especiales. Al obtener una licencia y volver a París paseaba por los Campos Elíseos, respirando con placer la fragancia de los capullos, cuando oí una voz que me llamaba. En un auto, que se detuvo, estaba sentado mi viejo amigo Dupont, a quien yo antes solía visitar con mucha frecuencia. Tenía un lindo chalet en Passy, donde vivía con su esposa y su hija Denysa. Para mí siempre era un gran placer pasar un par de horas en este simpático ambiente, que me hacía recordar mi casa paterna.

Mi amigo me retó por no haberle notificado mi llegada y me invitó a almorzar en su casa al día siguiente, lo que acepté gustoso.

Nos relatamos las más grandes novedades que pasaron en la vida de cada uno de nosotros durante los años que no nos habíamos visto y, ya estábamos por separarnos, cuando mi amigo agregó:

—Me olvidé de contarte lo principal: nuest Denysa está de novia y mañana podrás ver a su prometido. Es posible que tú lo conozcas, pues él trabajaba en las colonias africanas. Su apellido es Chandal.

Sus palabras me estremecieron como un rayo. Dupont se fué y yo seguía en el mismo lugar, repitiendo en voz baja:

—Chandal, Chandal, pero esto no puede ser...

Sin embargo, era así. Al otro día me encontré con él en la casa de campo de Dupont. Confieso que la primera impresión no era desagradable. Chandal tenía muy buen aspecto, estaba muy bien vestido y se portaba como un hombre completamente normal.

Durante el almuerzo lo examiné con más atención y mis temores se avivaron: su cara estaba empolvada y pintada y los temblores, apenas perceptibles de las narices y de los labios, revelaban el abuso de los narcóticos. Comprendí que sólo ellos mantenían su estado de excitación artificial. Chandal me saludó con una alegría muy bien fingida.

—Amigo de la infancia, condiscípulo del colegio, compañero de los peligros en las colonias. ¡Qué alegría de verte! ¡Y en estas circunstancias!

Chandal siempre era un buen comediante y esta escena del encuentro "con el querido amigo" le resultó muy bien. El bonachón de Dupont tenía en sus ojos lágrimas de emoción.

Denysa, encantadora en su ingenuidad, con admiración inocultable, observaba a su novio, que todo el tiempo representaba el papel del viajero-explorador infatigable e intrépido. Estaba orgullosa y feliz que un "héroe" y "vencedor de las jungles" dió preferencia a ella, una muchacha modesta e insignificante.

Por la conversación en la mesa supe que Chandal era un pariente lejano de la mujer de Dupont, y que el noviazgo se haría oficial en la semana siguiente, en una fiesta muy íntima y que yo también estaba en la lista de los invitados.

Comprenderán ustedes el estado de mi alma. Un médico ve en su vida muchas cosas desagradables, pero algo más monstruoso y criminal que este matrimonio no me podía imaginar.

¿Qué debía hacer yo? Callarme traicionando a la familia de mi amigo y dejar que un ser sano y joven uniera su vida a la de un hombre vicioso y completamente acabado. ¿O contarles todo traicionando el secreto profesional? Ambas alternativas me parecían igualmente imposibles.

Chandal comprendió muy bien lo que me pasaba. Cuando los dos volvíamos de la casa de Dupont me invitó a una confitería y me dijo, medio en serio, medio en broma:

—Me parece que me estás envidiando, amigo mío. Bien, bien, envídiame... Claro que tú me conoces muy bien (él subrayó las palabras "muy bien"), pero no te olvides que existe lo que se llama "secreto profesional". Me supongo que comprendes de qué se trata y no harás ningún disparate.

Tuve deseos de abofetearlo, pero me contuve, me levanté y al salir de la confitería le dije:

—Yo no te traicionaré, con tal de que no te traicione esto... —y le mostré la batería de botellas que se veía al lado del mostrador.

Chandal rió con una risa forzada y contestó:

—Respecto a eso puedes estar tranquilo, amigo mío, no tomo más que agua y antes tampoco tomaba: aquel ataque ¿recuerdas, en Indochina? era de la malaria tropical... ¿No es así?

—Muy bien, si tú no bebes, tanto mejor para tí ;lo principal es que no se te repitan las alucinaciones.

Chandal palideció, hizo un esfuerzo sobrehumano y gritó con una alegría forzada:

—No hablemos más de esas pavadas. ¡Vamos a divertirnos! ¡Caramba! Voy a festejar la despedida de la vida de soltero. ¡Vamos a Montmartre!

Cambiaba de cara de un momento a otro y parecía un muñeco destornillado. Me despedí y nos separamos.

★

Chandal convino conmigo para encontrarnos los dos el domingo siguiente para ir juntos a la casa de Dupont.

Tenía este día mal aspecto; estaba muy pálido, con las manos temblorosas se sirvió dos copitas. El alcohol, por lo visto, levantaba su ánimo y al llegar a lo de Dupont tenía mejor cara.

Durante el almuerzo bromeaba y encantó a todos. La pobre Denysa no le quitaba los ojos de encima. El tomaba mucho; noté un temblor nervioso en sus manos. Después del almuerzo salimos a la terraza. Opacas lamparitas eléctricas con una luz tenue y agradable iluminaban los escalones que daban al jardín. El atardecer era tan hermoso que no teníamos deseos de hablar.

De repente llamó mi atención un objeto oscuro que se deslizó por la terraza: era una enorm[illegible] rata que asustada se [illegible] en su agujero. Al mism[illegible] un grito desgarrad[illegible] toda la casa. Ch[illegible] de su asie[illegible] rarlo, [illegible]

[illegible] to ning[illegible] den? ¡E[illegible] No había a[illegible] ¡Mentira!...

Quiso echarse [illegible] un súbito temblor [illegible] ticulaciones y ca[illegible] un ataque de [illegible] mens".

A la noche lo [illegible] nicomio.

Ilustración de

Pedro Rojas

Fernand[illegible]

Fin de Guerra

AHORA no pesa ya sobre nosotros la amenaza de los jopos. Ni la de los sables desnudos. Ni tampoco la del miedo. Tampoco tememos la llegada de la noche. Ni siquiera recordamos que existe. Y es porque el sol se ha llegado hasta nuestras ventanas.

Tiritar de frío es menos desagradable que tiritar de miedo. Y nosotros ya no tenemos miedo.

El samovar ya no murmura. Ni silba. Ahora canta como los rayos del sol que atraviesan los vidrios. Ni mi padre mira más el techo como antes. Ahora nos asomamos a las ventanas, no para escrutar la muerte, sino para encontrar sobre la nieve las huellas de los pasos de Motia, que se ha ido a la guerra. Dicen que la matanza ha terminado. Que han muerto, once, quince, treinta millones de hombres.

—Pero Motia no ha muerto.

Afuera hay una enorme cantidad de hombres que marchan y cantan. Unos van a pie y otros a caballo. Y todos cantan.

Son canciones que ablandan la nieve y alivian la marcha. Largas como el camino que recorren.

Aquellos hombres vuelven de la guerra. Detrás de la canción que los trae a sus hogares, han dejado grandes huellas de sangre.

Todas las ventanas se han abierto a la nieve y al frío para dejar entrar la canción de los que vuelven. Esa canción triste que recuerda a los que no volverán. A los que se han quedado en las alambradas. En las trincheras. Al pie de algún cañón.

En las ventanas hay rostros encendidos por la alegría. Esos son los que reconocen en la columna al hijo, al padre, al hermano. O simplemente, al hombre.

En otras hay rostros bañados en lágrimas y demacrados por la desesperanza. Y son los que no reconocen a nadie entre aquella melodiosa columna de hombres que vuelven.

Sobre los hombros de aquellos hombres vuelven los fusiles y regresan las ametralladoras. Y los caballos arrastran de vuelta los cañones que llevaron hacia el frente. Todo vuelve, pero no como se ha ido.

Las bayonetas de aquellos fusiles están oxidadas por la sangre. A las ametralladoras les arde la boca, y es que están arrepentidas de su destino. Y los cañones vuelven lentos detrás de los hombres, como avergonzados de haber disparado.

Todo es pesar en las cosas que vuelven.

La misma canción, triste ahora, era muy alegre cuando acompañó a aquellos hombres a la ida. Aquellas eran marchas que incitaban a matar al enemigo que forjó la mente de los menos para que las manos de los más los ultimaran.

Ahora el alma de esos más que mataron y fueron muertos vuelven rabiosos y tristes. Y con mucha sangre en los ojos. Por eso es triste esa canción. Porque suena a todas estas cosas. Y a plegaria por los que no volverán...

★

...s también hemos abier... Y es que tam... peramos el re... Que debe ...multitud ...

...olver. ... a co... ...uego hacia ...ras de aque... ...echos y rendi...

...s más, y la ve... ...uello de uno de

... Es Motia!! —

...rrer nosotros.

...e Motia hay ... sobre la es... ...la hoz. Deba... ...ndido por una bala y unos hermosos ojos que lloran de alegría y carnosos labios que modulan las prolongadas vocales de aquella canción.

Le seguimos todos.

A nuestro lado hay más mujeres, y más hombres y más chicos que siguen a alguien cuya vuelta esperaban tan ansiosamente como nosotros.

★

Al llegar a la plaza, la columna se detiene. A los que tienen sus hogares en la ciudad, de paso, se les ordena quedarse.

Motia levanta los brazos y estrecha entre ellos a abuela. Luego nos rodea a nosotros con ellos. A pesar de su cansancio, todavía aprietan fuerte.

—Motia, te han herido — digo yo, señalando con el dedo su pómulo perforado.

Abuela besa la herida. Y la vuelve a besar. Descha mira a Motia, a Zaichik y a mí. También nosotros hemos tenido días amargos como los del frente. Eso dicen los ojos de Dascha y la forma en que miran.

Estamos en casa.

Desde la cama llega hasta Motia su nombre.

—Motia!..

—Schevel!.. — responde Motia.

Y es un doloroso encuentro entre dos mutilados. Motia no sabe que su hermano está paralítico. Ni mi padre se ha dado cuenta todavía del orificio que le hicieron a Motia en la cara.

A medida que se van acortando las distancias se ven mejor.

Motia se deja caer sobre la cama de mi padre y llora. Su hermano también llora. Y es que cada uno ha librado su batalla a su modo. Uno en el frente, el otro contra el destino.

★

Recuerdos. Preguntas.

—Cuenta, cuenta· Motia cómo es la guerra...

Motia sonríe:

—¿Cómo va a ser?... Dispara el uno contra el otro y el que cae, cae...

Y no dice más. Sólo papá y Dascha se dan cuenta de lo que ha dicho. A Zaichik y a mí nos parece tan natural lo que ha dicho. Nos lo imaginamos tan lindo...

Otra cosa que ni yo ni Zaichik comprendemos. Y es que Motia no está orgulloso de haber estado en la guerra. Cuando habla del frente, no se le hincha el pecho ni le brillan los ojos. Ni tampoco hay un gesto de entusiasmo que acompañe sus recuerdos rojos.

—No creo haber muerto a nadie. Cuando tiraba, levantaba la mira y agujereaba el cielo. ¿A quien querían que matara?.. ¿Por qué?..

Luego vuelve a reclinar su cabeza contra la mía. Siento en mis mejillas el calor de su rostro y la humedad de sus ojos, todavía llorosos.

Sobre su pecho no hay una sola medalla.

—Sin embargo, a mí me hirieron... Vieras, mamá, cómo está montado aquello para matar.

La imaginación de abuela está tan arrugada como los pliegues de su cara. Escucha el relato de Motia, pero no puede reproducirse una sóla escena de aquellas.

—Por la noche los aviones arrojan fuego sobre los hombres. Y los hombres mueren sin proferir una sola queja. No hay tiempo para quejarse. La tierra se levanta. Junto con ella, los hombres. Y cuando aquella vuelve a su lugar, estos también vuelven. Pero hechos pedazos.

—Si se salva uno de ésta, le mandan una descarga de metralla, o le arrojan al alma una granada, o propalan gases. Siempre hay algo a mano para matar. Nada más que para matar.

Tampoco la imaginación de Motia vale gran cosa. Sus relatos son tan pobres como tristes.

—En fin, suficiente hablar de aquéllo. Ahora cuenten ustedes algo. ¿Cómo les ha ido en estos tres años? Parece que el hambre y el frío también se han dado una vuelta por aquí... ¿eh?...

—Sí, y también la muerte, agrega papá.

—¿Cómo se defendieron?...

—Dascha, indica con los ojos mi padre. Ella fué la que nos defendió, Motia.

Motia mira a Dascha y Dascha no deja de mirarlo a él. Y no se dicen absolutamente nada. Nada...

★

Dascha le seca las lágrimas a mi padre y se las seca ella misma. Zaichik se ha acercado al fusil apoyado contra la pared. Junto al fusil descansa la mochila, sobre la que ha caído la gorra.

Abuela prepara algo para comer y Dascha extiende un mantel blanco, como la nieve que se extiende ante las ventanas.

Ahora nadie dice nada. Y es que nadie sabe qué decir. Ni qué preguntar. Todos esperan a que hable Motia. En realidad, es el único que tiene algo que decir.

—Se nos ha engañado muy bien. Pero también nos la han pagado muy bien —dice, por fin.

Todos escuchan ávidamente.

—Créeme, mamá, que cuando se ordenó el primer ataque, me temblaban las manos. Y es que tuve más miedo de matar que de morir.

—Hijo mío —exclama por centésima vez abuela y se echa de nuevo sobre Motia cubriéndolo de besos y de lágrimas.

—Pero le gritan a uno, revólver en mano: ¡adelante! ¡Vamos! Y no hay tiempo que perder. O tira uno o te tira tu propio oficial...

—¡Qué cosa!... —vuelve a decir abuela. Es la única que interrumpe el relato. Dascha y papá absorben sus palabras. Nosotros oímos sin comprender.

—Pero ahora ya no va a haber más guerras. Después de ésta, ya no habrá quién se atreva a hacerlas ni a soportarlas. ¡Oh!... Lo que es ésta les ha quitado las ganas de matarse por un buen rato, si...

—Y Silber, Motia, ¿no estuvo contigo?...

—Ha muerto. No supo ajustarse la máscara y murió asfixiado.

—¡Pobre Silber!...

El hijo, en la guerra. Los padres deshechos a sablazos por los cosacos. No ha quedado rastro de aquella pobre familia.

Los ojos de Motia recorren ahora toda la habitación. Tan pronto se detienen en cualquier lugar del piso como en la pared o en alguno de nosotros. Diríase que trata de reconocer las cosas que hace tres años ha dejado, con probabilidades de no volverlas a ver más. La mesa en el mismo lugar. La cama de mi padre. El ropero, igual. E igual también la caja del violoncelo que dejó encima del ropero. Arrima una silla, se sube y lo baja. Abre la caja. Dentro, y cubierto por una capa de tierra, está su violoncelo. La quita. Saca el arco, apoya el violoncelo entre las piernas y ataca los primeros compases de una mazurca de Viniavsky.

El clima de la guerra desaparece. Las lágrimas no afluyen más a los ojos de abuela. Ni a los de Dascha. Ni a los de mi padre. Los recuerdos de sangre se desvanecen. El olor a pólvora que hasta hace un rato parecía impregnar la atmósfera, ya no existe. Ni existe tampoco la estela de la canción que pasó ante la ventana: la mazurca ha ahuyentado todo esto. El brazo de Motia, sujeto al fusil durante tres años, vuelve a oscilar al son de la mazurca, que es ligera y alegre.

Y volvemos a reírnos y a estar alegres como antes de que Motia se fuera a la guerra. Como antes de que se desencadenaran sobre los judíos los pogroms. Como antes de que inutilizase a mi padre la parálisis que lo tiene inmóvil. Como antes de que hubiera muerto la madre de Zaichik. Como antes de que el dolor y la angustia asomaran a nuestras caras y a nuestras almas...

por

Demetrio Zadan

Ilustración de Parpagnoli



VAGOS

LA facha del hombre — compañero accidental en este "campamento" junto a los galpones de la estación de Pico — me recuerda a eGorge Bancroft. aL miseria común nos ha reunido aquí al lado de este fogón improvisado, y sentados encima de los "monos" charlamos de todo, como acostumbran a charlar los "crotos". El viene, según su propia expresión, de "donde el diablo perdió el poncho"; yo, de todas partes. Con esa displicencia peculiar en los veteranos del vagabundeo simula no interesarse por mi persona, pero me observa como yo le observo. La ropas, de distintos colores y procedencias; alpargatas descoloridas, deshilachadas, veteranas: por debajo de ellas se habrán deslizado todos los caminos d ela pampa. No concibo a este hombre sino caminando, caminando...

Anochece. Viento helado del sur. Pasan trenes. Coches llenos de viajeros. Ventanillas iluminadas. "Olor de trenes" llega hasta nuestro abandono. Yo también alguna vez he sido viajero en esos trenes. Yo también he mirado por esas ventanillas a los miserables acampados junto a los galpones, y en las alcantarillas. Yo también...

El hombre habla, habla sin mirarme, de la vida de los pobres, siempre amarga, de la vida de los ricos, siempre fácil. Le escucho distraído pensando en mis andanzas a través de la república: Bahía Blanca, Olavarría, Quemú Quemú... Hambre. Noches en desamparo, bajo la indiferencia de Dios. Me contemplo con infinita lástima: no puede ser más miserable mi aspecto. Detengo la mirada en el anillo que brilla en un dedo de mi mano derecha. ¿Cómo, yo, que he ido dejando todo en girones por todos los caminos, me permito el lujo de conservar un anillo de oro, en medio de tanta miseria? Instintivamente, me llevo la mano a la boca y apreto contra los labios el anillo de mi madre. Dije que este movimiento es instintivo en mí: un día, en Trenel, agotado por el hambre, pensé en vender este anillo; tendría así comida, cigarrillos, alpargatas. Me dirigí a un boliche con el propósito de ofrecerlo en canje. Pero quizá un resto de mi "yo" anterior anidaba en mi pobre personalidad en derrota. Ya en la puerta del bodegón, una angustia infinita me detuvo. y para evitar los sollozos me tapé la boca, mordiéndome la mano, la mano en que brillaba como una angustia más el anillo de mi madre...

Pasan más trenes.

Quien no haya visto alejarse los trenes desde un miserable camastro de bolsas de arpillera, tiritando de frío y de hambre, no sabe de la desoladora tristeza de quedarse. Otras veces he mirado alejarse los trenes de las despedidas inciertas, los trenes de las partidas impacientes y regocijadas, y me han dejado una bendita tristeza de poema. Pero ahora, los trenes se van ignorándonos, dejándonos solos con esta congoja vestida de harapos.

Mi accidental compañero, ¿duerme? El es también, como yo, un mundo descentrado, de órbita sinuosa.

Pienso en Buenos Aires, en los amigos de allá. Literatos. Revistas. Días de hambre. "Te esperaré", había dicho Paulette. ¡Pobrecita!... Dios estaba diciéndote a gritos lo que yo nunca hubiese podido decirte. Por eso llorabas.

Siento que algo me toca y me vuelvo nerviosamente. "George Bancroft", me dice:

—¿Por qué no lo vendés? Es de oro...

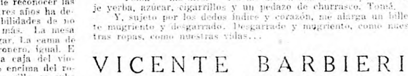
Sonríe con intención. Sin contestarle, me cubro la cara con el deshilachado ponchito que me sirve de todo abrigo. ¿Qué sabe él? "¡Por qué no lo vendés!" ¿Acaso lo sabía yo? ¿No había atravesado campos interminables, inhospitalarios, delirante de hambre y soledad, profiriendo malas palabras contra todos, contra — perdón — contra Dios? ¿No había vagado por los pueblos chatos y burgueses de todos los ferrocarriles, con los pies llenos de cansancio y la cabeza llena de fiebre? ¿Había podido, acaso vender este anillo a cambio de un pedazo de pan que me matara momentáneamente el hambre?... Indudablemente, he sido siempre un tipo ridículo.

Una noche, cerca de Olavarría, pensé en el suicidio casi con satisfacción. Escribí en un papel estas palabras: "Yo sé por qué hago esto. Mi perdón para todos. El perdón de todos para mí". Arrollé el papel y le coloqué el anillo como sujetador. Sólo me faltaba el medio de suicidio. Armas, no tenía. ¿El tren?... Estaba resuelto. Me tendí en las vías y puse a mi lado el anillo con mi último mensaje a la vida. Hace tiempo ya... No quiero seguir recordando aquéllo: el anillo de mi madre está otra vez en mi dedo meñique y mi mensaje de suicida aleteó en menudos pedazos sobre los rieles paralelos, interminables...

Sin duda he dormido varias horas. El sol está alto. aH comenzado otro día incierto para nosotros los abandonados de la mano de Dios. Hoy continuaré mi vagabundeo. Semidormido todavía, voy trazándome el itinerario: Metileo, Trenel, Arata, Caleufú... Después, Dios y el diablo dirán. ¿Y mi compañero? ¿Qué rumbo sin rumbo tomará? En esta andanza he conocido a muchos "crotos", pero no sé por qué siento cierto temor supersticioso ante este compañero de ahora. ¿Dormirá, o estará espiándome desde su "cama"?... Pasa un tren a pocos metros de nuestro "campamento". Algunos pasajeros divertidos saludan con la mano, y yo agito el puño, amenazando, y contesto con un insulto que me llena la boca y que, a mi parecer, me desahoga. "¡Es preferible ser chancho y no hombre!" Como a pesar de mi iracundia me vencen los sollozos, llevo la mano derecha a la boca instintivamente... y me quedó — ¿cómo se dice? — frío. El anillo ya no está. Todavía estoy moviendo desorientado la mano despojada cuando siento que me tocan en el hombro: "George Bancroft está de pie junto a mi "lecho".

—Tomá — me dice. — No me dieron más de tres pesos. Traje yerba, azúcar, cigarrillos y un pedazo de churrasco. Tomá.

Y, sujeto por los dedos índice y corazón, me alarga un billete mugriento y desgarrado. Desgarrado y mugriento, como nuestras ropas, como nuestras vidas...



VICENTE BARBIERI

ILUSTRACION DE SORAZABAL



De mi Archivo

ME cuesta algún trabajo mencionar este proceso no porque lo perdí, es decir, porque fuera condenado a presidio por tiempo indeterminado mi defendido, sino por que éste después de 15 años, co nrespecto al Código de entonces, recuperó la libertad y hoy vive en Buenos Aires obscuramente, sin ánimos para reanudar la pelea que tenazmente sostuvo largos meses y en que yo le acompañé, no obteniéndose la victoria por tener que sujetarme al plan que aquel (creo que erradamente) se trazó, pues creo firmemente que la verdad verdadera le hubiera valido cuando no la absolución, muy pocos años de prisión.

Por esto no voy a estampar nombres: en aquel año 1917 mil veces los que ahora callo aparecieron en los diarios de toda la República y por ahí anda un libro en que resumí parte de mi larga actuación. ¿A qué atraer nuevos incentivos al escándalo?

En dicho año, era intendente municipal de la ciudad de San Nicolás mi luego defendido; joven culto, rica su familia, candidato probable a senador provincial y en perspectiva a una diputación nacional. Muy apreciado por sus muchos amigos: sus más íntimos de la ciudad que administraba generalmente eran un juez y un camarista.

A fines de agosto de dicho año circuló por San Nicolás un gran rumor: Faltaba de su casa una señora viuda — cuyos dos hijos estaban en un colegio a pupilo; persona honesta y ya no joven, nadie podía ver en esa ausencia nada pecaminoso; pero esta se prolongaba tanto que hubo quien buscándole un motivo creyó hallarlo en un supuesto arreglo de cuentas que debía haber presentado a la señora el entonces intendente, por anteriores gestiones representándola en la sucesión del esposo. En vano los amigos del alto funcionario que conocieran el asunto, afirmaban que las cuentas habían sido rendidas. Los rumores iban cundiendo y cada vez se concretaba más un nombre.

Los corresponsales de los rotativos porteños diéronlo al fin con todas sus letras y desde La Plata se envió a San Nicolás al comisario Elena que en cuanto llegó, sin vacilación alguna orientó las pesquisas por el lado que indicaba el público clamor. Elena mandó a la cárcel, preso e incomunicado al intendente; el juez, gran amigo de éste, se excusó de seguir con el proceso y de La Plata enviaron otro. Este y el comisario concretaron sus pesquisas al preso, en cuya casa, que estaba alhajando para su próxima boda con una distinguida niña nicoleña, nada dejaron sin revisar, hasta que ordenaron que en el jardín se hicieran excavaciones. Había un pozo que iba a serlo negro de un cuarto de baño que se estaba construyendo. ¡Pues a sacar tierra del pozo! Ya iban a dejar su trabajo los excavadores por venirse la noche encima, cuando uno de ellos desde el fondo dió una gran voz:

—¡Aquí está el cadáver!

Y allí estaba, efectivamente, en avanzado estado de descomposición, pero fácil de reconocer (de quién, sino, podía ser?).

Después de una primera y rápida autopsia declararon los médicos que la muerte había sido producida por asfixia, notándose, decían, las huellas de los dedos en el cuello y también en un brazo. La sensación fué enorme en toda la República. Los enemigos poilticos del Intendente triunfaban; San Nicolás fué objeto de las miradas de todos; hasta "Caras y Caretas" publicó dos o tres pequeñas fotografías de Kodak. (¡Ah, si entonces la prensa hubiese dispuesto de sus actuales recursos gráficos!).

★

La familia del preso me mandó llamar. Al llegar a la población me dí cuenta del estado general de espíritu; como hube de decir más tarde, a ciertos jurados, en aquellos días se habría condenado a muerte al que entonces yo no conocía (su infeliz madre me pedía llorando que no les desamparara y que su hijo era bueno) y que luego encontré por sus maneras muy distinto de como se le presentaba. No vacilé en asumir su defensa: son los casos en que nuestra profesión toca a lo más alto; ya no se discutía la pared medianera o el interés punitorio de la hipoteca, sino la vida y la honra, esto de inmediato, porque en cualquier momento se pone a prueba la consistencia del legado social, es decir, lo que vale la ley y si ésta protege a aquél realmente: el abogado defensor no defiende solamente al procesado, sino a la ley que es la garantía de todos y que sin la lenta pertinacia de aquél, correría el riesgo de convertirse en reacción puramente impulsiva.

Todo esto y mucho más no querían reconocerlo mis compatriotas de San Nicolás. Decían que la víctima había sido española; yo contestaba que había otra víctima, la madre del preso, que también era española y que hacer cuestión de nacionalismo de un proceso, era inferir un no merecido agravio a la justicia argentina.



Aquellos dignos tenderos y almaceneros constituyeron un comité con el nombre — para despistar — de fomentador de una querella, pero en realidad — y esto lo decían a voces — para pegarle una o varias palizas al osado defensor. Lo bueno es que el comité nombró presidente, vice, secretario y hasta tesorero, pero se olvidó de designar "apaleador", por lo que apenas salieron sus nombres en los diarios y satisfecho su afán de popularidad, no se volvió a constituir el comité. Por lo menos no fué acometido más que de palabra... y de lejos, el defensor que entretanto seguía trabajando. Así, con trabajo de meses, hubo que exigir la presencia de muchos testigos nuevos, además de la de los del sumario, cuyas declaraciones hubo que analizar "al microscopio". Se discutieron asuntos interesantes de medicina legal primero, con unos médicos locales que precipitadamente habían declarado cierta una tentativa de suicidio en la cárcel por parte del procesado y que me costó poco trabajo demostrar que nunca había existido. En segundo lugar hubo que estudiar con cuidado el carácter de las huellas que en el cadáver había encontrado la primera autopsia y que otros médicos atribuían al proceso de descomposición del cadáver.

El defensor no halló ninguna facilidad en el juez (el antiguo amigo del procesado, que había vuelto a entender en el asunto).

Cuando llegó la hora de presentar el primer escrito de la defensa, y transcurridos los seis días de ley, pedí prórroga y se me dieron tres días. El escrito era largo (en el folleto impreso llenó más tarde doscientas páginas), por lo cual la víspera del último día convoqué al hotel en que paraba, a todos los escribientes judiciales que hallé a mano, doce, y repartidos en seis mesas dí a cada uno sendos pedazos de lo que había ido escribiendo o de lo que allí mismo redactaba y a las diez de la mañana les daba vuelta, gastándome luego dos horas para corregir, coordinar y foliar. Y así, al presentarlo, pude decir en secretaría que me habían sobrado horas y que se las devolvía. Lo que ... al reposo a mi cuerpo, yéndome a la noche a la vecina ciudad de Rosario, donde pasé dos días resollando.

Naturalmente, el juez de primera instancia falló el asunto, condenando al procesado al máximum de la pena (la de muerte no procedía sin la confesión del reo). Fuimos a la Cámara.

Desde luego el debate ya no consistía en lo que se había al principio dicho, y que en el plenario quedó sin fundamento: el acusado no debía un centavo a la que había sido su mandante. De este modo no se veía el motivo que hubiese podido haber para desembarazarse de ella. La cuestión que se debatió en segunda instancia, fué principalmente la de las huellas que en la autopsia se hallaron en los brazos de la víctima. Si eran de dedos, el hecho necesitó más de un agresor y no habiendo más que un procesado, había que desandar el camino hecho por el proceso: desde luego condenar al único procesado, era una injusticia. Sobre este punto se estableció en el informe in voce la polémica entre el defensor y el fiscal, que lo era el joven doctor González Roura que luego había de hacer tan brillante carrera. Siendo miembro de la Cámara de esta capital y profesor de Derecho Penal en La Plata, publicó un tratado de esta materia, que siempre es consultado con fruto.

La Cámara confirmó. Llevado el asunto a la Corte Suprema de la provincia, este alto tribunal desechó los recursos deducidos por el defensor, cuyos escritos analizó con extremada benevolencia para éste, que hubiera preferido verla aplicada al reo.

Este fué a Sierra Chica, donde de inmediato se le utilizó en las oficinas administrativas. ¡Ahí era nada contar con un ex intendente municipal! El procesado fué un presidiario modelo y en un casi levantamiento general de penados que halló a las autoridades de Sierra Chica sin muchos medios de defensa, contribuyó a ésta con decisión. Se tuvo esto en cuenta cuando transcurrieron los 15 años.

Ni él ha hablado desde entonces sobre el caso, ni hay para que remover esto a fondo. En estas líneas se trazan únicamente las generales que tomó un proceso sobre un hecho que sigue siendo un enigma. Son muchos, en efecto, los que creen que el cadáver fué arrojado al pozo de la casa del intendente por enemigos que éste se había creado por el rigor con que procedía en su alto cargo... Yo tengo otra teoría. Pero las teorías que puede forjarse un abogado no le sirven de nada, si no hay términos hábiles de introducirlas en el proceso. El acusado siempre se limitó a decir: "Soy inocente".

El enigma no ha tenido más solución que la estrictamente legal. La verdad verdadera no se sabrá nunca.

UN EMPERADOR

CON frecuencia — incorporado ya al léxico popular — oimos citar el nombre de Calfucurá para designar a un caudillo sanguinario y cruel que de cierto modo podría ser comparado a Genghis Khan por la forma que realizaba sus invasiones y destrozaba los pueblos no teniendo más objetivo en la campaña que realizaba que la del robo y la depredación. Pero si bien se ha hablado durante largo tiempo de la fama de este emperador de las Salinas Grandes, va quedando cada vez más ignorado todo cuanto él realizó como dueño y señor de la pampa, habiendo sido durante largos años el azote de una de las regiones más fértiles de la América.

Curioso manuscrito

Cuenta Estanislao S. Zeballos en su obra "La dinastía de los Piedros", que en 1879, encontrándose en el desierto entre los médanos cercanos al lugar que ocupa General Acha, halló entre la arena un manuscrito de ciento cinco fojas de oficio en el cual se hallaban consignados importantes detalles acerca de la formación del Imperio de las Salinas Grandes. Según el citado autor, ese manuscrito, que correspondería como otras numerosas cartas al Archivo del Cacicazgo de las Salinas Grandes, habría sido depositado entre los médanos para regresar luego a buscarlo, por los indios que huían desesperadamente ante el avance de las fuerzas del coronel Levalle.

Los parlamentarios

Vorohué — que quiere decir lugar con huesos — dió el nombre a una tribu que en 1833 se había establecido en el lugar de las Salinas Grandes de la pampa. Es allí, donde según lo narra Esnislao Zeballos, que Alsina pasó en 1876 una de sus peores angustias. Esta tribu de los Voroganos tenía por capitán a Mazallé y por jefe a un indio que se hacía llamar Rondeau.

Era común en estos tiempos que los indios araucanos hicieran largas travesías para venir a mercar con sus congéneres de este lado de los Andes. Estos araucanos comerciantes traían tejidos del país, lanzas, paños finos, objetos de adornos, plata labrada. Era costumbre que cuando estas tribus de mercaderes se acercaban a un sitio poblado, destacaran especie de parlamentarios que pidieran a la tribu de esa región permiso para entrar a las tolderías, pues su espíritu era el de la paz y su objetivo el comercio.



Era en 1835 cuando llegó una caravan chilena a un lugar llamado Chiligue que queda como a diez leguas de Salinas Grandes y enviaron unos chasquis al cacique Rondeau, pidiéndole el necesario permiso para internarse en su señorio.

El gran consejo

"Señor — dijeron los emisarios a Rondeau — nos manda nuestro cacique a decirle que viene de paz y a comerciar; que tanto él, como cuantos los que le acompañan son gente de paz y padres de familia que se honrarán regalando al cacique de la tierra". Tales son, palabras textuales, como se inicia la narración de este hecho en el Archivo del Cacicazgo.

El jefe de los indios se alegró de la visita anunciada y de inmediato hizo convocar a los caciques y capitanejos de las diversas tribus bajo su mando para deliberar acerca de la conveniencia de la caravana que venía de la tierra de la lluvia como le llamaban a la parte Sur de Chile. El gran consejo de los indios no tuvo un solo voto en contra del recibimiento. Había en esta visita de tribus algo de acontecimiento nacional. A las largas fiestas semisalvajes, sucedían tranquilas conferencias en que los visitantes informaban a los huéspedes acerca de diversos acontecimientos acaecidos en lejanas tierras.

Un malón contra los indios

Todos los altos dignatarios de la corte bárbara, ancianos, adivinos, curanderos, capitanejos y favoritas, rodeaban a Rondeau ataviadas con sus mejores galas el día de la recepción de la tribu extranjera. A esto agregábase una especie de guardia real de indios desnudos montados en briosos caballos de guerra. A lo lejos advirtieron los baqueanos una gran nube de polvo que iba haciéndose cada vez más amplia, eran los extranjeros que se acercaban.

Cuando estuvieron muy cerca, Rondeau y los que lo acompañaban, los capitanejos Venancio Alum, Callvuquirque, no tuvieron tiempo para reponerse de la sorpresa que les causaba el advertir que los extranjeros venían en violento son de guerra. Con alaridos salvajes y enarbolando sus lanzas en el aire, se acercaban con afan de destruir todo cuanto se opusiera a su paso. Todos los caciques y altos dignatarios fueron degollados y las tolderías incendiadas. Al frente de los invasores venía Calfucurá que fué aclamado cacique general del nuevo imperio. Y era la primera vez que su nombre triunfante resonaba en el aire de la Pampa. Y así comenzó el poderio de este hombre que luego diera tanto que hacer al gobierno argentino. Con un malón contra los propios indios desendiendo de las altas regiones de Mulú-Mapú, que quiere decir tierra de la humedad, habría de posesionarse para mucho tiempo del señorio de la pampa.

Piedra azul

Calfucurá quiere decir piedra azúl. Este nuevo emperador de la pampa no creyó suficientemente afianzada la soberanía de su fuerza mientras sobrevivieran algunos caciques leales a la memoria de Rondeau. Y es así que murieron Curú-Agé que quiere decir cara negra y Nahuel Quintun, el buscador de tigres; Callón Thuren, que quiere decir canas azules; Curú Loncó, el cabeza negra, y Milla Pulqui, el de la flecha de oro. Cuando Calfucurá se vió libre de esta gente, se dedicó a ser clemente y a decir que el Todopoderoso lo enviaba para sustituir al perjuro Rondeau y a sus compañeros que no habian sabido cumplir con la ley divina. Y así conquistó y atrajo bajo su poderío a los Ranqueles, con sus grandes caudillo Yanquetruz y aPiné, a los Puelches que obedecían a Catriel el viejo, y a los Pincunches. No se olvidó así mismo Calfucurá de convenir tratados de paz con los otros caciques chilenos mediante los cuales éstos podían utilizar y ocupar fértiles regiones de la pampa a cambio de auxilio en el caso de que los invasores fueran atacados por los cristianos.

El retrato de un emperador

Después de toda esa diplomacia hartera y desleal, que permitió a Calfucurá hacerse dueño de toda la pampa, el araucano cambió de carácter y se suavizó en el trato con la gente. "Es muy popular — dice la crónica — trata a todos con amabilidad, dándoles a unos el título de hermano, pariente o cuñado; a otros el de tío, primos y suegros. Pero la sola idea que tienen los indios de que lo adivina todo ,es más que suficiente para que se apodere de todos ellos un respeto profundo o un terror espantoso. Su carácter, altivo, superticioso y salamero lo hace más temible aun, tanto que se cree que siempre es afortunado en todo porque sus obras son inspiración de Dios. Y esto el mismo lo dice. Se tiene hasta el concepto de que es adivino en forma tal que nadie se permite hablar mal de su persona aunque esté lejos de él".

Leyendo hace algún tiempo un libro de Harold Lamb sobre Gengis Knan, encontré, en principio, ciertas semejanzas entre las invasiones de las hordas asiáticas y los malones que perpetró este "emperador" de la pampa hacia las poblaciones. Hechas las diferencias de la extensión de las tierras, el número de los ejércitos y el resultado de las invasiones, la técnica es la misma en el fondo. Lo que quería el indio en definitiva era destruir y robar. Espíritus dotados de demasiado sentido de la solidaridad humana y carentes de información acerca de lo que eran los malones, han querido salir en defensa del indio. Pero basta la lectura de los partes del Ministerio de Guerra para darse cuenta de lo que en realidad eran estas invasiones de indios que incendiaban las poblaciones, se llevaban a las mujeres y los niños, arreaban con el ganado, degollaban a los hombres, dejando solamente cenizas en los lugares donde estaban situadas florecientes poblaciones. Es necesario por eso detallar en qué consistía esta lucha con los indios y cuales eran sus características.

El genio del saqueo

Relataremos escuetamente un episodio extraordinario. Una de las pruebas del talento político de Rosas es que supo entenderse con los indios. Pero desde las vísperas de Caseros ya se notaba en la indiada una actividad que no podía precisarse. Durante dos años el emperador de las Salinas había conseguido afianzar su poderío y estaba en condiciones de formar un ejército de dos mil lanceros.

Era en octubre del año 59. Los pampas se habían detenido en el lugar llamado Médano Partido a poca distancia del fuerte 25 de Mayo. El malón era inminente. Mujeres, niños y ancianos estaban enloquecidos de miedo y desesperación. La guarnición distribuía algunas armas entre los vecinos. Algunos proyectaban la fuga campo abierto. Estaba todavía fresco el recuerdo de la invasión anterior. Entonces fué cuando el cura Bibolini — un italiano fantástico y pintoresco — se ofreció para pactar con los indios. Sin duda que era impresionante la figura del cura con su perfil de águila, con su larga sótana extendida sobre el lomo de su tordillo, su larga melena encanecida flotando al viento. El pueblo lo rodeó en el momento de su partida. Debía recorrer cinco leguas hasta encontrarse con los indios. Y es aquí que entra a figurar el Asturiano, secretario del cacique, cristiano ducho a quien había que convencer primero para persuadir al soberano. Calfucurá no quería saber nada de componendas; él había venido a destruir, asaltar y saquear. Sobre todo el indio le tenía rabia a tres poblaciones: a Abrego e Islas por que allí se preparara la defensa contra el malón anterior y a eBsabe porque en esta última se había dado muerte a su gran amigo Veloz. El cura le convenció al fin de que el aguardiante, el tabaco, las ropas, el dinero, los víveres tenían mayor valor que todo eso. El representante de los cristianos consiguió por fin ablandar el corazón de los indios. El rey de la pampa fué a alojarse en el mismo pueblo de 25 de Mayo.

Calfucurá y los caramelos

Bibolini. — Quien después fuera exonerado por el arzobispo Arneiros — contaba después en su pintoresco castellano en la forma en que había llegado a domesticar a aquellos indios que eran el terror de la pampa y cuyas famas y prestigios de crueles y salvajes llegaban hasta las regiones más apartadas del norte de la República. "El Grande Cacique, emperador de todas las pampas argentinas, tres damas de la corte de las Salinas Grandes que le acompañaban y los capitanejos, fueron obsequiados con chocolate, tortas fritas y cominilio. El placer que demostraba Calfucurá y los capitanejos, nunca a probar alcanzaron Salomón y todos los Cresos. Daba gusto ver a los indios lamberse los labios y los dedos, las fuentes dejando limpias como patenas o espejos."

El destino del fortín

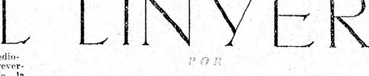
La pampa está llena de restos y huellas recordatorias del combate con los indios. Cada punto, cada región, tiene un nombre que recuerda un episodio, un momento de esa lucha. En Victorica, por ejemplo, existe la Pirámide de Chocicó que recuerda un áspero combate. En los alrededores de muchas ciudadas y pueblos de la provincia existen restos de fortines. El fortin estaba separado del exterior por una zanja lo más ancha y profunda posible. El sitio destinado al fortin debía estar rodeado de una empalizada hecha de las maderas más dura posible; esta empalizada se construía en forma tan apretada que llegaba a tener toda la consistencia de un muro. Era de importancia fundamental en las instalaciones del fuerte el que hubiera una atalaya o torre de observación desde la cual milicos baqueanos advertían la más débil insinuación de movimiento en la vasta amplitud de la pampa. Esta torre de observación estaba hecha de palo y tenía a veces diez metros de altura. Se construían dos o tres habitaciones de adobe que servían para alojamiento de la tropa que se componía de quince, veinte o cuarenta hombres, según la importancia del fortin. Se instalaba también un corral para los animales. El foso se franqueaba mediante un puente levadizo o transportable. Los indios atacaban los fortines rodeándolos, tirando boleadoras con manojos de paja encendida para prender fuego a los ranchos, rellenando el foso con ramas secas. La situación a veces se hacía tan desesperante que las guarniciones optaban por salir al campo raso a pelear con los indios, como sucedió varias veces. Los fortines han sido los reductos más avanzados de la civilización. Frente a ellos se alzaba la toldería, miserable y en algunas ocasiones hasta lujosa como la de aquel célebre cacique Epumer, valiente y cariñoso, temido y respetado. Y junto al fortín y la toldería se encontraba a veces la nuipería, establecimiento comercial de un gringo valiente.



★

Pablo Rojas Paz

ILUSTRACION DE RECRAIN



★ EL LINYERA ★

POR

JUAN JOSE DALTOE

ILUSTRACION DE SORAZABAL

EN esa hora del mediodía la violenta reverberación que hería la retina, hizo aparecer en medio del camino la figura de un gigante que se allegaba hacia las casas.

Con un hatillo al dorso, (inmenso fardo debido a la ilusión creada por la enrarecida atmósfera), el paso tardo, levantando pequeñas polvaredas a cada una de sus lentas, pero largas zancadas sobre la huella molida por el rodar de los vehículos diversos trás un largo mes sin lluvias, sus anchas espaldas se curvaban agobiadas por el cansancio de la caminata bajo el acribillamiento de los rayos del sol a plomo.

La figura se achicaba a medida que se acercaba a la chacra, (como burlando las leyes de la perspectiva), hasta presentarse frente al desganado coro de ladridos de los perros que recibían al "linyera" que pedía agua, un buen jarro de agua fresca para aplacar la sed que resecaba los labios, y achicaba la garganta a fuerza de deglutir el ansia de beber.

Dejó caer "el mono" al suelo, dando alivio a sus sudadas espaldas, y sentóse, a invitación del chacarero, bajo la ramada de paraísos, sombra apetecible en esa hora.

Mientras comía el plato de sopa hurtado a la jauría de cuzcos que no contaban con la llegada del intruso a la hora del reparto, dejó vagar su mirar de lince hacia la lejanía envuelta en la bruma que el calor levantaba de la tierra caldeada.

Una vez comido, sacó su "cachimbo" ennegrecido por el uso y roído, por los dientes, lo llenó de tabaco y comenzó a lanzar bocanadas de blanco humo, mientras abstraído en la meditación perdía la mirada.

Lo miró con detenimiento el dueño de casa, y creyó rememorar, bajo la ajada faz lustrosa por el sudor, y curtida por todos los vientos del camino, a un amigo, un lejano amigo de correrías de mocedad.

Eran años buenos, de abundancia... por el novecientos... Allá, por el hueco Sudoeste, pampa recién conquistada a la intranquilidad permanente del aborígen.

Adentrándose por los ojos del extraño visitante, dió rienda suelta a sus recuerdos...

★

Sol en lo alto, ardiente como una brasa junto a la cara.

Manta caldeada bajo los pies.

Un sutil polvillo invadiendo los bronquios, hasta el ahogo.

Cansancio. Mucho cansancio sobre los músculos afanados en la ruda tarea. Y una cortina de frescor a través de los poros humedeciendo la piel afiebrada.

Un infernal rumor de choques de hierros, rodar de poleas, batir de zarandas, rezongos de vapor, todo el complejo enredo de una trilladora al pie de la enorme parva de trigo, en plena y apresurada labor.

Una inmensa amplitud de horizonte abarcando la quietud pampeana que desperezaba su arrobamiento ante la invasión del progreso que ahuyentaba al bárbaro y a su malón.

—Pietro! Caña!

—Te vas a emborrachar, Antonio— protestaba Pietro, en celosa vigilancia del personal.

Era la tercera, cuarta, acaso la quinta vez que en esa tarde de fuego, el reclamo del "horquillero" hacia llegar al ayudante con la botella de la caña para evitar que el agua, mala y caliente, llena de tierra y alimañas, le pasmara el estómago produciendo el empacho de agua.

La máquina trilladora, como en obcecada porfía, insumia las grandes horquilladas de trigo que desde lo alto de la parva eran arrojadas a la boca insaciable, desde antes de salir el sol, hasta que la noche cerraba sobre la inmensidad, por los infatigables brazos de los "horquilleros".

En diabólico aprovechamiento, toda la paja del trigo trillado, que a raudales salía por el largo caño que a manera de cola la arrojaba fuera de la máquina, era llevada entre una nube de cegador polvillo, hacia la boca del hogar de la caldera, para, con su combustión, producir la fuerza del vapor que hacía mover a ese gigantesco armatoste que trillaba el grano que se estibaba en alineadas pilas de limpias bolsas, en espera del transporte al lejano puerto de embarque.

★

Pietro, el ayudante, apuntador y recadero, algo así como el complemento del contratista dueño de la trilladora, era un temperamento fantasioso, poco apegado a las tareas que demandaban esfuerzo disciplinado, y trabajaba en las cosechas como adjunto del patrón.

Antonio, su amigo horquillero, formaba con Pietro una tácita sociedad, que de verano, desde diciembre a marzo marchaba detrás del campamento cosechador para juntar unos cuantos cientos de pesos, que luego, les permitía pasar sin penurias los meses del invierno, en un contínuo deambular por los pueblos agrícolas de la provincia de Buenos Aires, varios de ellos hoy florecientes ciudades.

Esa sociedad habíase transformado en estrecha amistad.

Luego, los vaivenes de la fortuna y el derrotero dado a sus vidas distintas por la diversidad de caracteres, los separó.

Antonio se casó y se estableció de chacarero.

Triunfó.

Hoy era el propietario de esa chacra enclavada en la falda de una loma que bordeaba el río Carcarañá.

Pietro, en cambio, poseía menos ligaduras.

Era ese "linyera", astroso, agobiado por la caminata a pleno sol, que dejando vagar su mirar conservaba su temperamento poco apegado a lo que demandara una disciplina.

El chacarero seguía observando al forastero, y sus recuerdos traían a su memoria las escenas vividas en aquellas difíciles andanzas por tierras de cultivo...

Tarde de domingo, único descanso dado a la máquina trilladora para su inspección y limpieza, y poder cumplir con el precepto bíblico del descanso dominical.

Con mediodía se quedaba bien con Dios y con el trabajo.

El boliche distante, punto de reunión de un gran círculo de tierras feraces y pobladas, tenía su infaltable cancha de bochas bajo una amplia avenida de árboles.

Las tertulias numerosas bajo las sombras llenaban el ambiente con sus ruidosas exclamaciones, bulla alegre, frases de estímulo o de burla, según fuese el resultado de una "chantada" que hacía retemblar las maderas de la cancha.

Pietro y Antonio jugaban de compañeros una brava partida de bochas.

El tanteador marcaba trece a catorce tantos.

La tensión nerviosa de los espectadores crecía.

Entre éstos había un indiecito, peón de alguna lejana estancia.

Alcoholizado, cargoseaba a los presentes.

—Cha... migo... Pag'algo... —imploraba embrutecido por el alcohol, perdida su letanía en el interés que despertaba la terminación de la partida.

Al ver que no se le complacía mascullaba varios gritos ininteligibles en su idioma aborígen, y dando un alarido que era como una clarinada de atención, inyectados los ojos en sangre, inquieto, volvía a llevar de uno a otro su pedido cargoseante.

—Cha... migo... Pag'algo... Una caña nomá...—

Se acercó a Antonio que en ese instante se aprestaba a lanzar su última bocha en certera medida de arrime, y golpeándole la espalda amigablemente, pidió, rogó con el gesto depravado de su decadencia, la mendicante cantilena que lo desesperaba.

—Pagá caña... Cha...migo...—

Antonio se irguió airado al ser molestado en el tiro que era su última probabilidad de ganar la partida, y de un recio empellón arrojó al indio fuera del recinto de la cancha.

Tras una inverosímil voltereta, el indio se levantó de un salto, y como una luz, facón en mano se lanzó como un tigre sobre el jugador que se hallaba nuevamente inclinado para tirar la oscura esfera de madera.

Ya la punta del arma llegaba a la espalda de Antonio, cuando Pietro, a su lado, viendo el peligro, se arrojó cual un ariete contra el agresor, en un segundo, no sin asestarle tres o cuatro golpes de puño que le ensangrentaron el rostro, y lo arrolló contra el parapeto de tablas de la cancha, desarmándolo.

El indio huyó, siempre mascullando oscuras injurias.

Antonio, salvada su vida por el arrojo del compañero, guardó en su reconocimiento un mayor aprecio al amigo, y una deuda pendiente a perpetuidad.

★

Ahora que adquiría la seguridad de que ese "linyera" era su viejo y desaparecido amigo, aguardaba la palabra del caminante, que permanecía como abstraído.

No pudo, esperar más.

—Pietro!— exclamó de pronto el chacarero.

El interpelado interrumpió sus pensamientos y miró al dueño de casa que se le acercaba.

Frunció el entrecejo, e inquirió: —¿Qué?—

—¿No me reconocés?

Pietro, luego de un instante de duda, lo reconoció.

—¡Antonio!

—Pietro! Mi viejo amigo...—

—El mismo... el de siempre... —contestó el "linyera" sonriendo. —Vos en cambio... hecho un burgués... no? hasta panzón... já... já...já...— terminó, acercándose hacia el apretado estrechar de manos.

—Comida! Vino!!— ordenó el chacarero, jubiloso de poder obsequiar al visitante inesperado.

Ante la mesa servida ahora por la dueña de casa, ayudada por una de sus hijas, se rememoró los tiempos de juventud.

—¿Cómo es que te encontrás en ese estado? — preguntó Antonio.

—Mi falta de voluntad para la lucha intensa, mi indisciplina para el esfuerzo constante... ¿Qué se yo? Ansia de ser libre en contraste a la indolencia que por irónico contrapeso me hace estar siempre en movimiento, marchando como un nómade, sin casa y sin trabajo, sin familia y sin amigos.

Tal vez influyeran en ello épocas de falta absoluta de trabajo, de ese trabajo agobiante y exento de un estímulo pecuniario.

¿Te acordás... cuando trabajando de sol a sol en esos interminables días de verano, tres, cuatro meses de sacrificios debían bastar para vivir luego todo el resto del año, para empezar de nuevo?

Acaso un poco de lirismo. La poesía de las noches estrelladas, boca arriba junto a una alcantarilla, por almohada "el mono", por cama el trebolar, rodeado por el croar de las ranas y el limar de los grillos, sintiéndose parte integrante de la naturaleza, para dormirse al alba.

—Acaso sólo un fracasado del trabajo... —terminó Pietro con tono ambiguo.

—Bueno, ahora se terminó. Te quedás aquí conmigo. Empezarás de nuevo. Un poco de voluntad.

—¿Lo crees?

—Y ¿cómo no? Descansarás dos o tres días, después el trabajo honrado y productivo, que aun podés labrarte un ahorro para la vejez.

—Ya soy viejo... físicamente...

—Tendrás apenas cincuenta años...!

—Creo que no los tengo todavía...

—Voluntad, Pietro. Voluntad.

Pietro pasó la noche, por almohada su viejo "mono", debajo de la ramada de paraísos, contemplando el parpadeo de las estrellas a través del follaje.

No quiso lecho.

Extrañaría el dócil amoldamiento del colchón a los movimientos del cuerpo durente el sueño.

Y al alba, mientras la chacra se animaba con el ajetreo de la labor que finalizaría recién entrada la noche, Pietro, armando y liando nuevamente su "mono", algo más pesado por algunas provisiones, obsequio de la patrona, se despedía del amigo que ya no tenía ascendiente moral sobre su ruta de andariego, perdiéndose a poco entre el oro del sol, con un último gesto de su brazo en despedida.

Pietro ya no era un hombre. Era un "linyera"



Pigmeos y Gigantes

"EL hombre es la medida de las cosas", se dijo hace mucho. Y aunque esta premisa no ha sido nunca una novedad, el hombre sigue construyendo sus teorías y buscando leyes absolutas, partiendo de una base tan endeble.

En realidad todas las leyes físicas en que se asienta la ciencia contemporánea, no dejan de ser una ilusión, un simple espejismo. Todo lo que es bueno para nosotros, resultaría de diferente color para otros.

En los "Discursos sobre investigaciones psíquicas", publicados por el ilustre William Crooks, en 1903, señalaba ya con precisión esa inconsistencia y relatividad de nuestros conocimientos.

Decía Sir William Crookes: "... el mundo de los infinitamente pequeños, debe llamarse también mundo material, aunque la materia tal como existe o es percibida, sea cosa difícil de concebir para nuestras reducidas facultades. Me refiero al mundo de las fuerzas cuya acción está en gran parte fuera de la percepción humana, por oposición a las fuerzas que aparecen nítidamente a la grosera percepción de nuestros organismos. Me cuesta concebir y hacer concebir las diferencias en las pretendidas leyes del Universo que acarrearía una diferencia en el volumen del observador..."

Consecuente con esta idea, Crookes supone la existencia de un ser humano minúsculo, un liliputense, un "homúnculo" de una talla microscópica tal, que las fuerzas moleculares a las cuales somos insensibles — la tensión superficial, la capilaridad, los movimientos Brownianos — sean para él preponderantes, al punto que le sea imposible creer en la universalidad de la atracción de la tierra, por ejemplo — Pongamos a nuestro homúnculo sobre una hoja de repollo y abandonémoslo a su suerte.

por

Carlos Velarde

ILUSTRACION DE MOLAS

★

Agrega Crookes: "La superficie de la hoja de repollo le parece una llanura inmensa de varias leguas cuadradas. Para este ser minúsculo, la hoja está constelada de enormes globos brillantes, transparentes e inmóviles (las gotas de rocío); cada uno de esos globos es más alto, para él, que las pirámides lo son para nosotros; cada uno de esos globos irradia una luz enceguecedora.

Aventuras del homúnculo

Movido por la curiosidad, nuestro hombre se aproxima, toca uno de esos globos y lo encuentra resistente a la presión como una pelota de goma. Accidentalmente, desgarra la superficie: de inmediato se siente atrapado y llevado por un torbellino. Al fin puede equilibrarse, pero le resulta imposible librarse de la esfera. Al cabo de una o dos horas de espera, nota sorprendido que el globo disminuye hasta desaparecer completamente".

El homúnculo queda en libertad y sigue su camino. Si a imitación de muchos hombres dedujera de su observación leyes físicas definitivas ¿qué escribiría sobre el agua?

Sigámoslo en su interesante viaje, cuya descripción hace Crookes:

"Cuando sobre la superficie de la tierra, descubre de pronto una vasta superficie compuesta de globos del mismo elemento que poco antes le intrigara, pero que, en vez de elevarse en los aires, como ha poco, forma, a partir del borde una línea curva. A fuerza de paciencia logra llenar un vaso hecho a su medida, con un poco de agua. Si da vuelta el vaso, observará que el líquido no se cae, a menos que le imprima un choque violento.

Para distraerse, se divierte en arrojar piedritas y otros objetos al agua. Algunas se hunden: las que están secas flotan. Ayudado por algunos amigos, y después de un titánico esfuerzo, logra arrojar al agua una de esas barras de acero pulido que nosotros llamamos agujas. La barra se forma una especie de lecho en la superficie del agua y flota como si fuera un corcho".

Después de estas observaciones, el homúnculo lee un tratado escrito por los hombres. Su asombro ante las enormidades que lee degenera pronto en carcajada inextinguible.

—Lo he visto con mis propios ojos! — podría aducir el homúnculo.

Para él, los líquidos en reposo no tienden a obtener su nivel, sino la forma esférica, y los cuerpos sólidos no se hunden en el agua de acuerdo a su menor o mayor peso y densidad, porque indistintamente ha visto flotar una pajita y una barra de acero.

Tampoco la ley de atracción de la tierra lo convencerá, o al menos no le parecerá universal, puesto que le es casi imposible pasar el agua de un recipiente a otro o vaciarlo simplemente.

Nuevos descubrimientos de nuestro héroe

"Desde hacía tiempo, nuestro hombre está intrigado por el bombardeo constante y caprichoso de objetos muy molestos, en suspenso en el aire; en efecto, la danza alegre de las partículas de polvo, que vemos brillar a través de un rayo de sol, no resultará divertido para nuestro minúsculo amigo, que se verá en apuros para evitarlos".

Si sabe que los hombres han escrito muchos libros acerca de las dificultades que tienen los seres vivientes desprovistos de alas, para elevarse en el aire, su admiración será enorme al ver la rapidez y la altura con que la vulgar pulga hiende el especio.

Ya al llegar la noche, pensativo por lo que ha visto, observa la superficie de un estanque. Todo esta calmo. Ni la menor brisa, ni el menor calor que puedan ocasionar corrientes o modificar la tersura de la superficie. Sin embargo, pequeños objetos flotantes se mueven. ¿Podrá explicarse, mejor que no lo hemos hecho nosotros, la razón de esos movimientos Brownianos, donde se entrevé la estructura íntima de la materia, la agitación molecular interior, aún no apagada?

Nuestro hombre siente frío. Ha leído en alguna parte que frotando dos maderas, golpeando piedras o concentrando los rayos del sol, es posible producir fuego, es decir, calor. Pero para ello es necesario obrar sobre grandes cantidades de materia, sino el calor se pierde y es imposible obtener el punto de ignición.

Como para él los leños serán árboles, y las piedras montañas, llegará a la conclusión que en la Naturaleza es imposible la producción artificial de calor. No podría concebir, pues, ni la física ni la química, porque le faltaría el elemento básico de esa ciencia.

El gigante

Pasemos al extremo opuesto e imaginemos ahora hombres de una estatua colosal.

Si nosotros tomamos un poco de tierra entre el pulgar y los otros dedos y movemos nuestra mano con velocidad, nada anormal notaremos, sino que la tierra se ha pulverizado ofreciendo más o menos resistencia.

Pero si nuestro gigante, capaz de mover sus dedos a una velocidad de varios kilómetros por segundo, quisiera imitar nuestro gesto, encontraría que su puñado de arena, tierra, piedras y otros materiales alcanzaría en seguida una temperatura elevadísima.

"Nuestro homúnculo no podía producir fuego: nuestro gigante no podría dar un paso sin desarrollar calor, situación incómoda, por cierto, y terminaría por atribuir al granito la propiedad que el fósforo tiene para nosotros: entrar en ignición en cuanto se lo maneja con un poco de rudeza".

Están aquí, pues, resumidas, algunas de las modificaciones que aportaría a nuestra ciencia, una simple diferencia de estatura.

Veamos ahora lo que sucedería, si, proporcionalmente a nuestra estatura, la duración de la vida se redujese o alargase considerablemente — cosa que ocurre con algunos insectos y con los vegetales.

La vida breve y la vida milenaria

William James, en sus "Principios de psicología", expone:

"Nada se opone a que imaginemos seres pudiendo diferir enormemente de nosotros por la percepción consciente de los elementos de la duración y por la palidez de los acontecimientos que llenen esa duración. Supongámonos capaces de notar distintamente 10.000 escenas en lugar de 10 como ahora. Si nuestra vida sólo debiese contener el mismo número de impresiones podría ser mil veces más corta. Viviríamos menos de un mes, y, por experiencia personal, ignoraríamos todo del cambio de las estaciones. El sol lo creeríamos fijo en el cielo y la luna no tendría fases. Los movimientos de los seres organizados, de tan lentos, serían imperceptibles.

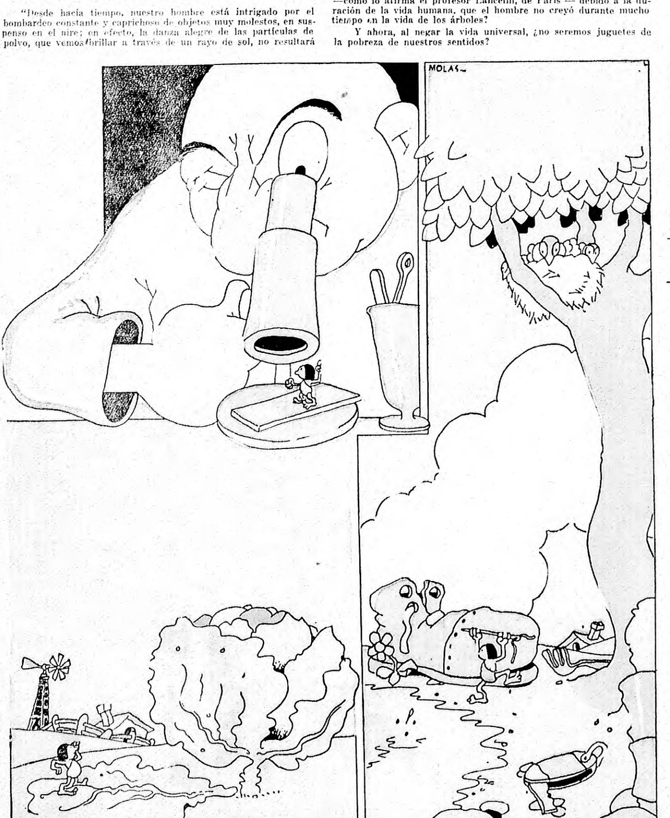
Supongamos ahora lo contrario: Un ser dotado de la milésima parte de sensaciones que nosotros tenemos en un tiempo determinado. Los inviernos y veranos, le parecerían cuartos de horas; desfilarían en procesión cinematográfica. Los hongos, y otras plantas de crecimiento rápido, surgirían ante su vista como apariciones. Los movimientos de los animales le resultarían tan invisibles como los de las balas para nosotros. El sol atravesaría el firmamento como un meteoro, dejando tras de sí una estela de fuego. ¿Quién nos dice que no haya nada de esto en el mundo animal? — concluye William James.

Hay una especie de mariposa y otros insectos que viven alrededor de 24 horas. En un día nacen, crecen, aman, se reproducen y mueren. La mañana es la primavera, el medio día el verano, la tarde el otoño y el invierno la noche. Si ese día llueve, morirán con la idea de que la vida es gris y húmeda...

Estas fantasías, tienen sin embargo un límite. ¿No es acaso —como lo afirma el profesor Lancelin, de París — debido a la duración de la vida humana, que el hombre no creyó durante mucho tiempo en la vida de los árboles?

Y ahora, al negar la vida universal, ¿no seremos juguetes de la pobreza de nuestros sentidos?





El Gnomo

Los ocurrentes fantaseos del psico-análisis quieren dilucidar los fantaseos de la humanidad primitiva y aseguran que el mito de los gigantes nació de esos tiempos no tan remotos en que debíamos convivir con gigantes, en casas amuebladas para gigantes, a la sombra de mesas y de sombreros aptos para gigantes — vale decir, durante la desmedida niñez. Esa explicación está garantida por los psicoanalistas mazumstriacos y es aplicable al mito recíproco: el de los enanos y gnomos.

Sea lo que fuere, el gnomo es el personaje más popular de la superstición noruega. Es el alegre responsable de todas las catástrofes diminutas de la casa y la chacra: el dulce que se corta, la leche agriada, la valiosa correa que se pierde, la envarada camisa dominguera que se puebla de arrugas, la mancha de indeleble cerveza en la sábana de los huéspedes, el humo irritador de gargantas, el ratón que se domicilia en el queso, la harina que se mezcla con el rapé, la jarra de agua que no cae a tiempo sobre el compañero de infancia.

Como la combinación del vigor y la pequeñez es muy agradable, los campesinos han resuelto que el gnomo es persona fortísima y puede competir ventajosamente con los más pesados atletas. Otra irregularidad anemisona: la mano izquierda del enano tiene seis dedos.

Museo de la Confusión

EN el número 820 de "La Novela Semanal", en la tenaz sección titulada "Consejos útiles para el hogar", hallé la recomendación siguiente:

CONSERVACION DE LAS AVES. — Las aves se conservan muy bien por tiempo indefinido con el siguiente procedimiento: se despluman, se vacían y se secan escrupulosamente en su parte interior; después se recubren con manteca fundida en un recipiente de tierra barnizada. Una sola precaución no debe descuidarse: el ave, envuelta en un paño blanco y limpio, debe haberse enfriado completamente.

Esa explicación tan sencilla me inspiró una confianza ciega. Soy dueño de una nutrida pajarera entre cuyas principales piezas se cuentan: un espermesto de la Guinea, un iofóforo brillante, un casuaria corredor, dos colibrís, tres lechuzas nocturnas y rapaces, dos cacatúas y varios inspirados papagayos. Desgraciadamente acabo de perder el ejemplar más valioso y querido de mi colección. Se trataba de un curioso loro barranquero que frisaba en los cincuenta años, a pesar de lo cual conservaba todas sus lucideces. Entre sus más notables cualidades se hallaban las siguientes: repetía sin mayor esfuerzo el número Pi con más de trescientos decimales, varias páginas de la guía telefónica con nombres, apellidos, calles y características, desde Aaabey Alí hasta el conocido abonado Almanaque del Mensajero, recitaba en parte el poema "Al Niágara" de Calixto Oyuela, el número de cuello de Ricardo Rojas de punta a punta y varias cacofonías inéditas del superable poeta Jigena Achalay Sánchez. Se trataba, en fin, de un ejemplar digno de consideración. Por eso, apliqué el sistema recomendado a mi comunicativo, cómodo e imprescindible trepador. Para evitar inútiles sufrimientos comencé por abreviar su plumífera vestidura, le apliqué luego esmeradamente el interín de menudencias innecesarias, lo recubrí con la materia recomendada en la receta, y lo introdujo en el recipiente de tierra barnizada, fijándome antes de envolverlo en el paño blanco y limpio si se había enfriado en su totalidad. Esta operación para mantener el ave la efectué en tempranas horas de la mañana. A la tarde, cuando supuse llegado el momento de alimentarlo, sufrí una gran decepción: mi apreciado volátil se negó rotundamente a la ración especial de Pio-Piol preparada. Alarmado ante este hecho anormal que no supe a qué atribuir, me dispuse a consultar un entendido en la materia. ¿El doctor Favelukes? ¿la doctora Rawson Dellepiane? Nada de eso. Solicité la presencia del encargado del puesto avícola del Mercado de Abasto, y su opinión fué terminante: el conservado implume había adquirido los síntomas inequívocos de un cadáver cualquiera y el rigor mortis adecuado. Los otros ejemplares gozan de buena salud.

★

En la revista "Para Ti" del 3 de octubre, mientras me dedicaba a la lectura de un cuento titulado "Amor Platónico", escrito por un tal James Aswell, me llamó la atención lo siguiente:

Una vez sentados en el amplio living, frente a frente, en dos cómodos sillones y mientras saboreaban un fino cristal de champán, la dueña de casa insistió:

—Volviendo al tema de esta tarde, no he conocido nunca un muchacho que tanto me agrade como tú.

No lo dudo, y casi podría asegurar que difícilmente se le va a presentar otra oportunidad parecida. Pocos son los que se animan a paladear una delicada copa de cristal de Bohemia, masticar Baccarat o formar perfectos bolos alimenticios a base de mayólicas, vitrales, porcelanas, espejos o materiales similares frágiles y cortantes.

★

Un vespertino rotativo urbano me instruyó días pasados sobre las actividades de cierta primeriza editorial que acaba de poner en circulación un Canguro en cuya bolsa, entre otras materias pernocta un exitoso prólogo Surero.

Informa el atardecido:

La editorial Sur, que ha publicado "Canguro", la novela de D. H. Lawrence, se propone continuar sus actividades con una colección de novelas de autores argentinos y extranjeros. También publicará una colección de ensayos que a igual de la novela, comprenderá trabajos nacionales y extranjeros. Sur publicará además, pequeños opúsculos de crítica. Toda esta obra además de dirigirse al gran público, estará destinada a señalar un norte al lector, ese norte hacia el que navega la estética de nuestro tiempo. Dirige esta obra Victoria Ocampo.

Como se podrá apreciar, esta editorial no se preocupa mayormente por los rumbos, brújulas, alidades, flechas indicadoras, carteles alusivos, radiogoniómetros o centros magnéticos. ¿Qué pretenden llegar al Sur y en cambio se nota fuertemente su presencia en el Norte? No importa, el Oeste se encargará de indicarles el Sur, previa consulta con el Este, que les sugerirá la conveniencia de buscar el Sur por Septentrión pasando una leve temporada en él Euro para emprender desde allí finalmente la búsqueda por el Austro, que les hablará del Bóreas apetecido apenas disimulado por el occidente. Mientras tanto correrá la editorial por el Norte, aunque ellos se encuentren en el Sur.

★

Del poema "La Inmortal", de Almafuerte extraigo esta interesante observación del poeta:

¡Leviatanas horribles! Lo propio
que las pobres personas baldadas,
con los órganos sanos que tienen
reponen o fingen aquel que les falta.

Cuántas veces no nos ha sido dable observar en el subterráneo personas que con el pie izquierdo fingen dar la mano derecha, que con un riñón flotante pretenden guiñar un ojo de vidrio o hacen alarde de una ostentosa malla de baño para despistar la ausencia de sobretodo.

Animula Vágula

EL INCREIBLE DELATOR

por Pérez Mariluz

ILUSTRACION DE RECHAIN



ERA natural que todas las amarguras que durante el día llenaban sus horas no pudiesen mantener su sensibilidad en una tensión igual. Por eso, como una defensa instintiva, al llegar la noche sufrían una desviación. Era instintiva porque Emilio Gester no ponía nada de su parte para dejar vagar todas las noches la imaginación. Por el contrario, más de una vez tenía la impresión de sentirse remolcado por sus ensueños como el hombre vicioso cae en el vicio, no voluntariamente sino arrastrado por su debilidad.

Todas las noches, en su cuarto de casa de pensión, Emilio se hacía el mismo reproche: "Pero ¿quién soy? ¡He perdido, acaso, toda mi capacidad de pensar? Porque no debo hacerme ilusiones: no hay ninguna diferencia entre el más enervante filisteo y yo. Antes sabía pensar, ahora sólo imagino; pero no puedo tampoco hacer distingo entre lo que yo imagino y lo que sueña un hortera cursi; ambos nos deleitamos creyéndonos ingenua y torpemente exentos del dolor inevitable. Mi imaginación no va mas allá de mí mismo, no *sé* eliminarme de mis sueños".

Pero este autoanálisis sólo ocupaba su cerebro breves instantes y Emilio dábase de nuevo a vagar por los países más estrafalarios, actuando en sociedades inverosímiles y manteniendo con mujeres perfectas diálogos de la más pura belleza. Y su espíritu se aislaba de tal manera de la vida, que pronto cesaba en él toda sensación real para obrar de acuerdo con la sensibilidad refinada e intensísima que adquiría en sus ensueños. Y la noche que lo cercaba con su negro silencio dejaba de ser noche para ser ora el día claro y luminoso de una ciudad remota, ora una noche tempestuosa a bordo de un barco de carga, sorprendido en su ruta por el tifón.

Mientras tanto los relojes de las iglesias vecinas de la Plaza de Mayo cantaban sus horas tristes y dolorosamente familiares. Y las locomotoras del puerto resoplaban pausadamente como bueyes al yugo, lanzando de vez en cuando, en un conato de huída, unos resuellos precipitados y torpes como queriendo escapar de la tiranía de las vías de hierro. Los vagones lanzados unos contra otros producían un ruído frío y quebradizo como el desgranar de notas de una rana gigantesca. Y luego, todo era silencio, un silencio que a Emilio antojábasele hecho de acero temible como una boca sensual e infinitamente hondo. Un silencio que a veces parecía estar más dentro de su cabeza que en el exterior y cuyos límites eran los de su cráneo. Deseaba entonces que las campanas de San Ignacio o Santo Domingo diesen alguna hora para encontrar un asidero con la realidad. Mas si su deseo se veía satisfecho de inmediato, temía algún conjuro y recordaba aquel reloj que cuando chico viera con su padre en una aldea de Silesia. Aquel reloj estaba muy alto en el campanario y, en lugar de números romanos, tenía letras. Su padre leyó: "Ultima forsam". ¿Por qué esa vez dijo que ignoraba su significado si él lo sabía todo? Y tuvo ese día miedo de aquellas palabras que su padre no pudo descifrarle.

Ahora este terror había vuelto a amargar sus noches. Nuevamente se había apoderado de su alma el miedo a la muerte y Emilio se avergonzaba de ese miedo, juzgándolo una manifestación más de la ruindad a que había llegado su espíritu. Porque recordaba que cuando su espíritu estaba "intacto", apenas si la muerte era para él un motivo de curiosidad. ¿No la había desafiado, acaso, en muchas ocasiones? ¿No la había sentido a veces tan cerca que, para calmar el torbellino afiebrado de ideas que su proximidad causaba, recurría a un minucioso análisis del valor de su vida, consiguiendo sólo así, calmar sus nervios? Astuta e indulgentemente, Emilio trataba de engañarse, alegando mil pequeñas tareas por cuyo cumplimiento nadie se cuida en trance de muerte y que, empleadas como causa para no desear morir aún, resultaban en su insignificancia grotescos.

—No, no es que tema la muerte; pero antes de morir quisiera saberlo para destruir tantos papeles que a nadie interesan sino a mí; borrar de mi libreta de enrolamiento el nombre que en ella estampó Baska P..., esa extraordinaria artista búlgara con quien llegué a intimar tanto. ¿Y las cartas de Rosita? ¿Qué complicaciones no podrían acarrearle a ella las averiguaciones de mi muerte? Además quisiera ver en qué paran los amores de Rosita, con la misma curiosidad del sabio que espera los resultados de las experiencias comenzadas.

Y casi llegaba a creer que amores tan triviales valían un tesoro de observación psicológica capaz de justificar una existencia. Pero no era sólo eso. Trataba también de convencerse de que esos amores no ensuciaban su alma. ¡Rosita!... tal vez nadie más que Emilio la llamaba así. Ni siquiera su marido emplearía ese diminutivo. Porque Rosita era casada.

Conocióla Emilio de una manera baladí y sin interés ninguno y tal vez no hubiera reparado en ella si una sed infinita de compañía no lo hubiera impulsado a hablarla. Era una mujer casi gorda, pero de carnes firmes, de hasta treinta y cinco años, color fresco, boca grande de finos y apretados labios que, sin embargo, no eran crueles, ojos grises, opacos y muy separados en su cara ancha, sin ser tosca. ¡Oh! no, no era tosca. Y hasta Emilio le dijo en un momento de humorismo cruel:

—¡Debes estar muy bien en fotografía!

Ella tomó la frase por una galantería porque no supo comprender la reserva mental que se escondía en ella. (Estaría bien en fotografía porque el retrato sugeriría algo más que el modelo vivo). Y Rosita sonreía... Y la sonrisa le pareció a Emilio insoportablemente estúpida.

Había en Rosita, Rosa Arguelles de Elizalde, unos rasgos tan puros y delicados que ciertamente era agradable contemplarla; pero ¡ay! ¿para qué hablaría? ¿Qué necesidad tenía de moverse y de gestionar? La primera vez que almorzaron juntos en un restaurant, Emilio sintió rubor al verla sentada de costado, con los pies abrazando una pata de la silla, en actitud de levantarse al primer llamado, como menestrala que debe interrumpir cien veces su comida de queso, nueces y alguna bazofia suculenta. Sí, parecía la dueña de un mesón que creía de buen gusto abrir mucho la boca al comer para aparentar una exquisita inapetencia...

Y a Emilio, sin embargo, esos amores llenábanle la vida porque la veía dócil como un perro y enamorada de una manera que no hubiera hecho sospechar su cara inexpresiva, casi fría. Y para ocultar su indignidad, pensaba en todas las posibilidades que encerraba un alma tan basta como la de Rosita.

—Supongamos que en lugar de haber nacido en un hogar humilde, hubiera sido educada entre gente de otra condición, o, por lo menos, no la hubieran casado por interés con su marido, un estanciero, hombre vulgar, pobre de espíritu, alegre, dicharachero y de una energía contagiosa. El alma de las mujeres toma la forma de su cuerpo: cuanto más hermoso es éste, tanto más bella será su alma. No es necesario que se trate de una belleza sujeta a moldes, de una belleza canónica; basta con que no haya desarmonías.

Imaginémonos entonces que Rosita hubiera conocido otro medio. ¿Qué no hubiera llegado a ser? Una dama, ¡es claro!, una dama que se la disputarían los más famosos pintores para tenerla como modelo. Había, pues, posibilidades que la vida se encargó de matar una por una hasta no dejar más que una mujer vulgar. Pero ¿no habría aún tiempo de pulir ese diamante en bruto? Creía Emilio que ya era un poco tarde. Sin embargo se dejaba absorber por ella, entregándose a la vulgaridad sin rebeldías, o mejor, con una rebeldía pasiva, incapaz de acción.



Al regresar con Rosita de sus excursiones nocturnas, muy tarde a veces en la noche, caminaba por las calles desiertas sin decir palabra, sintiéndose más desamparado que si estuviera solo, con el pecho dilatado por una angustia inmensa y un hormiguero en la nuca que sólo hubiera podido calmar un puntapié o una cachetada. Sin embargo, seguía resignado como a un sacrificio, silencioso. En cada trasnochador solitario veía un hombre feliz a quien envidiaba rencorosamente porque le parecía que ese hombre iba hacia un fin. Pero él, Emilio ¿a dónde iba?

Su pieza en la casa de pensión no era un fin sino una etapa más de un camino brumoso e incoherente. Y en esa etapa no encontraría nada que lo retuviese amorosamente como le ocurría a la generalidad de los hombres. Estaría allí solo, eternamente solo, como había vivido.

—¡Solo! ¡Uf! Yo debo estar loco. Me imagino a veces la compañía como un fluído luminoso en el que no hay más que penetrar para gozarlo.

Tener un fin parecíale la suprema aspiración. El no lo tenía. A los treinta y tres años vivía de su empleo en el Ministerio de Obras Públicas, combinando mil magníficos e intachables proyectos de prosperidad que jamás salían de su mollera. Y, muy de tarde en tarde, se atrevía a presentarse ante una comisión examinadora en la Facultad de Derecho, en donde sus estudios se hacían interminables, no tanto por abulia como por desprecio a la carrera.

—¡Dios mío! Pensar que cuando obtenga el título, pueda parecerme a X., ese verdadero "bluff" que se lo hubiera creído modelo del Pacheco, de Eca de Queiroz, o a Z., o, en fin, a cualquiera de los componentes de la mesa de aquella conferencia a la que me tocó asistir como observador del Ministerio: estaban allí graves, solemnes, encorvados como bajo el peso de tanta ciencia, sosteniendo en sus manos la pensativa frente, seguros de su eficacia y conscientes de la trascendencia de su misión, como las figuras de aquella tela titulada "Les autorités", de... ¿de quién sería? ¡Oh, esta memoria mía, cómo flaquea! Recuerdo que se presentó en la Exposición de Otoño, en París; pero ¿de quién sería? Bueno, no interesa. Sólo que envidio a ese pintor su humorismo sonriente y su capacidad para contemplar los aspectos grotescos sin mi violencia y sin mi odio. En el cuadro se veía a las autoridades del pueblo en una conmemoración patriótica. No faltaba ninguna: el prefecto, el alcalde, el juez de paz, el comisario, etc. Endomingados, conscientes de su notoriedad, se reflejaba en sus rostros una altivez bonachona y tolerante y hasta casi se diría comprensiva de la socarronería de los espectadores que, como ellos, no ostentaban en sus solapas el decoroso "ruban".

. . . .

Unos segundos después, Emilio era entre todos los pasajeros de un barco, el primero en descubrir la cumbre del Fusiyama, porque Lafcadio Hearn le había advertido que no había que buscarla en el horizonte sino en el cielo. Ya estaba lejos de este Buenos Aires que lo ahogaba en su monotonía y en su pequeñez. Y siempre le tocaba ser el héroe de las más hermosas aventuras, aventuras que, a medida que pasaba el tiempo, se tornaban cada vez menos sutiles y espirituales, cada vez más infantiles, como son más elementales los sueños del hombre cuyo espíritu se va aniquilando en una dolorosa actitud espectante. Esto era lo que Emilio temía vagamente sin poder precisar su alcance porque su alma se apoltronaba deleitosamente en la molicie de esos ensueños, incapaz del menor análisis. Mas en la calle, en la oficina, sentía a menudo la impresión casi muscular de sequedad en la cabeza; creía tenerla llena de telarañas en lugar de cabellos y le parecía que pasándose fuertemente la mano por el cuero cabelludo, volvería a poseer su claridad mental. Otras veces eran unos velos grises, sutiles, que envolvían su cuerpo y se desplazaban con él, como la nube de jejenes sigue al jinete, en verano, durante leguas y leguas, inhibiéndole toda volición y toda idea. Era entonces un ansia febril por desasirse de esos velos que aprisionaban su espíritu. Pero cuando sobre todo se sentía víctima de esos momentos de sopor era durante sus entrevistas con Rosita: nunca como entonces tenía una noción más exacta de su imbecilidad dolorosa, de su torpeza consciente, inevitable y, sin embargo, rebelde. No acudía a su cerebro una sola idea, ni una frase oportuna, ni siquiera el retruécano fácil y trivial. Toda conversación con Rosita se reducía a un interminable monólogo en el que ella daba cuenta de cada uno de sus pasos, de los disgustos que le acarreaba el servicio doméstico y de los temores de espionaje de que creía ser objeto por parte de Gabriela, la mucama.

—¡Tengo un miedo, mi Emilio! Estoy seguro de que Gabriela sospecha nuestros amores. ¿Qué me aconsejas, Emilio?

Pero Emilio no aconsejaba nada. Por otra parte, los temores de Rosita le tenían sin cuidado y, de haber encontrado una solución, tampoco la hubiera expresado. Parecíale tener sueño siempre y no acertaba a comprender cómo su actitud bestial podía conservar y avivar el amor de Rosita. Porque ciertamente ésta sentía cada día con mayor vehemencia un amor que rayaba en lo romántico, un amor con todo lo que éste tiene de imperioso y excluyente; lo que en principio no fue, talvez, sino la actitud artificial de la burguesa provinciana que por un instante quiso desechar sus prejuicios y adoptar los modales de mujer experimentada y liberal, transformóse con pasmosa rápidez en una pasión desencadenada y frenética que no hizo más que confirmar lo artificioso de su actitud primera. Ahora Rosita amaba y era tal la fuerza de su amor que en ella había vuelto a surgir la mujer primitiva y, según la clasificación de Farrere, "anticivilizada", es decir, celosa, fiel y sensible a la repugnancia de las transacciones a que la obligaba su condición civil. Quería poner fin a este estado de cosas a cualquier precio.

¡Buen despliegue de dialéctica se veía obligado a hacer Emilio para convencerla de lo contrario ¿Cómo se las arreglarían para vivir juntos? ¿No eran acaso demasiado exiguos sus recursos? Todos los razonamientos eran semejantes porque Emilio esquivaba la verdadera razón que le impulsaba a dar consejos tan en pugna con sus sentimientos de hombre honrado.

Emilio sabía, sí, veía con toda claridad en esta noche de insomnio que entre él y su amante se operaba una verdadera transfusión espiritual. Y meditaba:

—Tenía razón cuando pensaba en todas las posibilidades que creía encontrar en Rosita. Ha bastado el amor para que se hicieran presentes. Puesta en contacto con un alma superior a la suya, la de Rosita ha ido puliéndose y agigantándose a costa de la mía; con todo su instinto en tensión, y no teniendo otro fin que su perfeccionamiento espiritual para poder ser más mía, el alma de Rosita se ha ido desbastando poco a poco, en una honda alegría de liberación: descubrió su espíritu, y deslumbrada por el hallazgo, continúa puliéndolo; pero ahora se vale de su perversidad femenina y su amor y yo no somos más que instrumentos de perfección. Anoche encontré en su velador tres libros que habían sido evidentemente leídos y de los cuales no me habló una sola palabra. Pretendió hacerme creer en un encargo de una amiga y yo fingí creerlo. ¿Por qué no quiso comentar ese tomo de Proust, ni el "Adolfo", de Benjamín Constant, ni la traducción francesa de los sonetos de Keats? Todavía no puedo comprender el prodigio de memoria que supone en una mujer hasta ayer inculta haber retenido esos nombres surgidos al azar de una conversación. Tirado en su cama he ojeado esos libros y no me produjeron una sola emoción. ¡Dios mío! ¿qué está pasando por mí? Me siento más cansado que nunca y con un ansia infinita de dormir, dormir mucho, descansar...

Por la ventana de su cuarto veía Emilio cómo, a medida que en la ciudad iba surgiendo el murmullo que ya no cesaría en todo el día, el cielo iba tomando tintes sucios, grisáceos. De entre el ruido confuso e indefinido de la ciudad que despierta, se destacaba de vez en cuando un klaxon, la campana de un tranvía o el silbato de una locomotora. Era la hora en que los sueños de la media noche nos parecen haber sido fantasías de nuestro optimismo: el día los va manchando con su luz. Por eso flota en nuestras caras la mueca de esa sonrisa irónica que se advierte en los noctámbulos empedernidos, acostumbrados a recibir, al alba, el choque brutal de dos mundos, el de dentro y el de fuera.

Y Emilio tampoco dormía esa noche. Trabajosamente había eludido la inevitable velada en casa de Rosita; y todo ¿para qué? Varias veces encendió la luz, otras tantas requirió la cama desarreglada por su inquietu y, ya que su imaginación no tenía el vuelo sereno y apacible de otras noches, ensayó vanamente todos los sistemas conocidos para llamar al sueño. De su alma iba apoderándose un sordo rencor hacia Rosita a quien creía culpable de su desequilibrio psíquico y de la muerte de ese espíritu suyo cuya misión parecía no haber sido otra que alimentar a sus expensas y, lo que era más terrible, a pesar de él, a otro espíritu a quien había dado nacimiento y al cual se veía irremediablemente ligado. Había momentos en que deseaba la muerte de Rosita con tal intensidad que le parecía que su intención tendría fuerza suficiente para alcanzar ese objeto; pero en presencia de ella volvía a sentirse el muñeco inerme, sin voluntad, a quien su dueño estudia el mecanismo y lo desarma despiadadamente para conocer el secreto.

Cada vez que se separaba de Rosita, juraba no volver más. Se mudaría de casa y daría orden en el Ministerio de no estar para nadie que lo llamase por teléfono. Volvería a vivir tranquilo su vida plena. Cuando se negó al llamado telefónico, gozó de su audacia con risa fría, cruel simiesca. Pero las veces que Rosita no lo llamó a la hora convenida, su alma se torturó espantosamente, falta de apoyo, y acudió a su boca el adjetivo infamante. Se sentía entonces mordido por los celos en todo su poder lacerante y destructor unos celos que afiebraban su cuerpo y lo hacían estar en continuo y vacuo movimiento. Y, sin embargo, recordaba que más de una vez, paseando con ella por las calles, había pensado con alegría: "¡Ah! Si a alguien se le ocurriese enamorarse de esta mujer y cargase con el fardo..."

—¡Ah, no! Esto no puede seguir así, exclamó casi en voz alta, exaltándose; ya va prolongándose demasiado. Y continuó por un rato rumiando amenazas.

★

Una semana después llegaba impensadamente de su estancia de Río Negro, Francisco Elizalde, a quien Rosita creía ausente todavía unos diez días más. A las siete de la mañana, subía las escaleras de su casa no con el sigilo prudente del ladrón que se precave del peligro, sino con el del salteador que prepara la emboscada. Guíale una voluntad fiera y angustiosa hacia el dormitorio en donde esperaba encontrar la visión mil veces presentida de su desdicha y algo así como la alegría feroz de una venganza pregustada.

El silencio, aún poblado de voces quedas y de caricias se turbó con los estampidos del arma homicida, y Emilio y Rosita, como dos marionetas después de la función, quedaron sin vida en la alcoba. El rostro de Emilio reflejaba la tranquilidad de quien halló una solución. El de Rosita, el pavor de ver interrumpirse un destino pleno de promesas.

Y luego, todo el engranaje policial, triturando el crimen, disponiendo, ordenando, haciendo conjeturas. Y más tarde aún, la intervención de la justicia, acumulando pruebas, estableciendo considerandos con la intención pueril y pedante de llegar a conocer las causas obscuras y misteriosas de todo crimen.

La absolución de Elizalde no se hizo esperar: Una "emoción violenta" justificaba el asesinato de su esposa y del amante sorprendidos en su propio hogar. Sólo una cosa le preocupaba. Saber quién fuera ese "buen amigo" que firmaba el anónimo delator. ¿Podría afirmarse que efectivamente le interesaba? Tal vez no sentía curiosidad sino que buscaba una manera de desviar hacia un punto cualquiera todas las cavilaciones de su infortunio. Estudiando el papel, se veía obligado a descartar la posibilidad de que fuese un amigo suyo o de su mujer. Los datos eran demasiado concretos y detallados para que los conociese nadie que no fuese un amigo íntimo de Emilio Gester. El calígrafo a quien recurrió fue de su parecer y le indicó cuál sería el mejor procedimiento para averiguar la verdad: había que hacer una investigación en el Ministerio de Obras Públicas, en donde trabajaba Emilio. Sólo en una oficina pública, en donde el trabajo monótono, sin variantes, termina por embrutecer a los hombres, podía encontrarse el autor del anónimo.

En su calidad de calígrafo de los Tribunales, el perito no encontró mayores dificultades en la investigación. Y ésta tuvo el éxito esperado. En los expedientes, en los libros, en todas partes, se veía una letra igual a la del anónimo.

Interrogado sobre el autor de esa letra, el jefe de la oficina, ojos enrojecidos por una conjuntivitis crónica, meditó unos momentos, y luego afirmó con su lentitud de hombre aploplético, calvo, la voz vinosa:

—¿Esta?... Esta era la letra de Emilio Gester.



★

Bibliografía

VICENTE ROSSI. Desagravio al lenguaje de Martín Fierro.

REMOTA consecuencia del artiguismo, la aventura de don Vicente Rossi y de los filólogos es uno de los más risueños y heroicos lances de la Independencia de América. Se trata de un vistoso duelo (que no es a muerte) entre un matrero criollo-genovés de vocación charrúa y la lenta partida de policianos, adscriptos esta vez a un Instituto de Filología que despacha glosarios y conferencias en la calle Viamonte — antes calle del Temple, de meretricia y barullera memoria.

Lo paradójico y ameno de este folleto número catorce de los disparados por Rossi, es el cambio sorprendente de los papeles. Los filólogos españoles o hispanizantes tienen que justificar su empleo oficial: han inventado de muy mala gana un "idioma gauchesco", que luego retraducen con apuro al español antiguo, y han decretado que su monumento es el "Martín Fierro", elección acertada, ya que este libro si bien prescinde del color local caro a don Hilario Ascasubi, es mucho más conocido y simpático.

En esta entrega número catorce de los Folletos Lenguaraces, Rossi les dice lo que todos sabemos: el carácter literario, experimental, del lenguaje situado por Hernández en boca de Martín y lo imprudente de pensar que palabra por palabra no incurrió jamás en error.

En esa mitad de la discusión estamos plenamente de acuerdo. No así en la otra: aquella en que don Vicente vuelve a jurar, con una inexplicable felicidad, que los argentinos de ambas orillas no hablamos español, sino un lenguaje incomunicado y secreto, que sólo la culpable distracción de los españoles (o su famosa y repetida perversidad) puede comprender.

Una minúscula observación: Rossi, refiriéndose al ejercicio de los dos palitos tiznados o los cuchillos, dice que su nombre es "vistear" o "canchar"; su nombre ciudadano, "barajar". Será en Montevideo eso último. Yo, en orillas de Buenos Aires, siempre escuché los dos primeros: "barajar", nunca. — J. L. B.

★

HOMERO M. GUGLIELMINI: "Hombres entre Juguetes". — Librerías Anaconda.

Ha circulado por ahí un chiste afortunado:

"—¿Quién descubrió Norteamérica, papá?

"—Homero M. Guglielmini.

Su fortuna se debe a la moderada y cordial sátira que involucra; no a su verdad. Homero M. Guglielmini no se ha propuesto redescubrir a Estados Unidos: es demasiado equilibrado para eso. Su libro, cosa que no podemos, desgraciadamente, anotar con frecuencia, se ha propuesto un objetivo sumamente modesto, y lo ha cumplido con exceso. "Invito al lector a que se arrime a estas páginas con el estado de ánimo del radioescucha". Esta invitación a la imbecilidad (dada la categoría de las transmisiones radiotelefónicas en nuestro país) no debe ser tomada al pie de la letra. Pero expresa bastante bien el pensamiento del autor de "Hombres entre Juguetes", en el sentido de que no debe esperarse de él uno de esos ensayos profundos con que la mayoría de los literatos-turistas se creen obligados a perjudicar los países que visitan, sino breves, veloces anotaciones, más para conversadas que para impresas. Aquí se ha excedido Homero M. Guglielmini. Su libro, en muchos aspectos, sobrepasa la órbita exigible a los mejores "speakers" radiotelefónios.

Su libro es, desde luego, cien veces mejor que la muy popularizada estupidez de mi estimado amigo Paul Morand, escrita en momentos de intensa debilidad mental y titulada "New-York".

El libro de Guglielmini, suceda lo que suceda, no podrá ser confundido con objeto alguno. Es un libro orgánicamente hablando, que funciona, que nos comunica con su autor, que divierte, que tiene el raro mérito de poder ser leído de un tirón.

Los que conocen otros trabajos de Guglielmini, aparentan estar desconformes con éste. Los que se quedaron en ayunas con otros importantes ensayos de Guglielmini están desconformes de haber entendido de inmediato el significado de "Hombres entre Juguetes". Yo, en cambio, reputo de la mayor capacidad literaria esto de poder jugar con los estilos y decir, de repente: Voy a hacer un libro para todo el mundo. Guglielmini ha hecho eso: un interesante libro, para todo el mundo. Al diablo con las celebradas minorías selectas de "Sur". Al diablo con la solemnidad y las teorías rebuscadas, semejantes a las que han cubierto de ridículo a todos los visitantes de Buenos Aires que han pretendido analizar nuestro carácter. Hechos. Armoniosa ordenación de algunos hechos vitales y otros frívolos y otros históricos y otros pintorescos. Ni una salida de tono. Ni un rasgo de pedantería. Estilo liso, directo, eficaz.

No estamos de acuerdo con algunas conclusiones de Guglielmini. Sobre todo en la muy favorable que consigna sobre la mujer norteamericana, que, tal como él nos la presenta, se nos ocurre una espantosa tilinga. Pero estas discrepancias sólo contribuyen a certificar la atenta fruición con que este libro se lee, y el modo como, a pesar de haberse propuesto ser una especie de desvanecimiento en el éter, logra provocar definición en sus lectores.

Por otra parte (y es bueno que los argentinos nos vayamos dando cuenta de lo que tenemos en casa) "Hombres entre Juguetes" es uno de los pocos libros presentables que se han escrito últimamente sobre los Estados Unidos.

Yo, admirador de Homero M. Guglielmini, admiro también ésta, su última y singularmente eficaz prueba de talento y sensatez. — U. P. de M.

JACK EL DESTRIPADOR

LO que más asombra cuando se quiere estudiar la personalidad del criminal más famoso de los últimos cincuenta años, es que nadie conoce su nombre.

Alguien, probablemente un periodista, inventó el mote con que, desde entonces, se designó al criminal: Jack, el Destripador de mujeres. Puede afirmarse, de acuerdo con los datos más fidedignos proporcionados por la policía, de que la serie de homicidios comenzó con la muerte de Mary Ann Nicholls, en la noche del 31 de agosto de 1888, terminando nueve semanas después, con el horrendo despedazamiento de Mary Jeanette Kelly.

Las víctimas fueron, en todos los casos, mujeres de vida airada. En los primeros tiempos los crímenes tuvieron por escenario las oscuras callejuelas del bajo Londres.

Mary Ann Nicholls fué hallada una mañana, tendida a través de una cloaca, con el cuerpo literalmente despedazado, si bien no faltaba ninguna de sus partes vitales.

Una semana más tarde, se descubrió el cuerpo de Annie Chapman en un patio, con la cabeza casi enteramente separada del tronco. De la media docenas de personas que en el momento de cometerse el crimen, se encontraban en las inmediaciones, ninguna oyó nada. Esta vez Jack, el Destripador, dando prueba de un ensañamiento inconcebible, llegó a extraer algunos de sus órganos, que nunca pudieron recobrarse. Luego sacó dos anillos de plata de los dedos de la infeliz mujer, algunas monedas de sus bolsillos, y los puso en fila a los pies de la víctima.

Poco después le tocaba el turno a una celebridad local, llamada Long Fiz, y cuyo verdadero nombre era Elizabeth Stride. El Destripador fué interrumpido en su tarea por la llegada de un carricoche que penetró en el patio. El caballo se encabritó, posiblemente al ventear al asesino, que se había escondido en un rincón oscuro detrás de la puerta. Cuando el conductor del vehículo saltó al suelo y levantó la cabeza de la víctima, la sangre manaba todavía del tajo que le infiriera el monstruo en la garganta.

Esta interrupción debió irritar sobremanera al Destripador, pues una hora más tarde condujo a Catherine Eddowes a un pasaje solitario, y allí, después de degollarla, se entregó con toda tranquilidad a su manía. Extrajo del cadáver el riñón izquierdo y, según rezan las crónicas de la época, "otro órgano' — posiblemente un ovario —. Cumplida su obra, limpió sus manos y el cuchillo que utilizara, en el delantal de la víctima.

Mary Jeanette Kelly fué asesinada en el interior de una casa. Vivía con un hombre llamado Barnet en una escuálida habitación sobre Miller's Court. Barnet había aprobado su conducta, como la de una mujer de vida "recta y decente". Pero Mary Jeanette acabó por poner a prueba su paciencia llevando a su pieza a "una mujer inmoral", y por último el puritano Barnet la abandonó a su suerte.

En la noche del crimen, alguien oyó a Mary Jeanette cantar "Dulces Violetas". A qué hora exacta admitió en su cuarto al asesino, es un punto que nunca ha podido dilucidarse: el caso es que el crimen sólo fué descubierto a la mañana del día siguiente por unos vecinos. El oficial que acudiera a los gritos de horror proferidos por aquéllos, describe en esta forma el espectáculo:

"La operación debió durar por lo menos dos horas. En la chimenea ardía un fuego moribundo. El asesino había prendido fuego a algunos diarios viejos y a la ropa de su víctima, y cumplió su triste obra al claror de la débil llama.

"El cuerpo desnudo de la mujer, o lo que quedaba de él, yacía sobre la cama. El criminal le había atravesado la garganta, abierto el vientre, y sacado de él la mayoría de los órganos internos, que sembró por toda la habitación. También había seccionado la nariz y las orejas. En este caso, sin embargo, no faltaba ninguna parte del cuerpo, lo cual desmiente la teoría de que esos crímenes fueron cometidos con el propósito de reunir trozos anatómicos".

Haciendo gala de una sangre fría asombrosa, el Destripador logró eludir siempre las garras policiales. Muchas fueron las personas detenidas; los diarios hablaron sucesivamente de un judío polaco, de un marinero norteamericano, y de un médico ruso, como del posible asesino. Por último, desorientada la policía ante la absoluta carencia de rastros, llegó a sospechar de todos los que tenían "conocimientos de cirujía" y de los que "coleccionaban cuchillos".

Leonard Matters, reputado periodista londinense, acaba de investigar con infinita paciencia y sagacidad los pormenores del sorado asunto, llegando a la conclusión de que Jack, el Destripador no podía ser sino un doctor Stanley, que después de cometidas sus fechorías habríase trasladado a Buenos Aires, revelando, en su lecho de muerte, su verdadera identidad.

En 1892, cierto Dr. Neill Crean fué condenado a la horca, bajo la inculpación de haber envenenado a cuatro mujeres. Afírmase que, en el preciso instante en que el verdugo bajaba la palanca fatal, el reo dijo claramente:

—Yo soy Jack el...

El resto se perdió en un estertor de agonía.

Por desgracia, uno de esos insoportables cuanto inoportunos investigadores de la verdad descubrió que el Dr. Cream, en la época de los crímenes del Destripador, se hallaba en una cárcel de Illinois, en los Estados Unidos, purgando un grave delito. Y, por más "siniestro" que sea, un hombre no puede estar degollando a mujeres en Londres cuando se halla tras unos sólidos barretes, a cinco mil kilómetros de distancia.

No hace mucho tiempo, H. L. Adam, también investigador paciente, pero que funda sus conclusiones en datos positivos y no en simples conjeturas, hizo públicos una serie de interesantes paralelos entre Jack, el Destripador, y un hombre cuyas actividades concentraron un momento el interés de toda Inglaterra.

Un día, poco tiempo después de la ascensión del rey Eduardo al trono, el inspector Godley, de Scotland Yard, detuvo a un posadero llamado George Chapman, dueño de un tremendo par de bigotes, a quien se buscaba desde hacía tiempo por el misterioso envenenamiento de una mujer.

El inspector Godley y el inspector Abberlin habían pasado varios años siguiendo la pista del Destripador, y si bien considerábase al asunto por definitivamente cerrado, Abberline acogió a su ayudante con estas palabras:

—¡Por fin tenemos a Jack, el Destripador!

Pero, por el momento, se decidieron a poner en claro todas las fechorías cometidas por Chapman bajo su verdadero nombre, o sea, Severino Klosowski. Oriundo de Polonia, se había trasladado a Londres a los 23 años de edad, dedicándose al oficio de peluquero. Años más tarde, ya casado, fué a Norte América, donde practicó el mismo oficio en Jersey City, volviendo al poco tiempo a Londres.

Pasó los diez años subsiguientes como peluquero, y después como tabernero. Lo que atrajo la atención de la policía fueron sus "casamientos" con Annie Chapman (cuyo apellido él asumió), con la señora Shadrach Spink, con Bessie Taylor y con Maud Marsh. Circunstancia curiosa, una de las víctimas del Destripador se llamaba también Annie Chapman. Estas damas aportaron al peluquero-tabernero pingües ganancias, sea porque él se apropió todas sus economías, o porque las hizo trabajar como mucamas en su bar. Tres de ellas, por lo menos, murieron envenenadas, en circunstancias harto misteriosas. Por último los médicos legistas pensaron que había allí algo anormal, y George Chapman fué llevado ante los tribunales para que respondiera de la muerte de Maud Marsh.

En su alegato, Chapman se quejó de ser "injustamente criticado y falsamente acusado", añadiendo que era "un huérfano norteamericano, descendiente de una excelente familia", todo lo cual no era cierto.

Consideremos ahora lo que Chapman tenía de común con Jack, el Destripador.

1.o) Está definitivamente probado que Jack, el Destripador, tenía nociones de anatomía y, hasta cierto punto, una discreta práctica quirúrgica. Chapman fué cirujano asistente en un hospital polaco.

2.o) Los crímenes del Destripador comenzaron en 1888, en el distrito de Whitechapel. Ese fué el año del arribo de Chapman a Londres, y el lugar de su residencia. Su "esposa" de aquella época aún vivía cuando fué detenido por sus crímenes posteriores. Ella recordaba perfectamente los delitos del Destripador, y afirmó que en aquellos trágicos días Chapman solía volver frecuentemente a las tres o las cuatro de la madrugada, por razones que élla nunca supo.

3.o) Los supuestos mensajes que el Destripador envió a la policía contenían "americanismos", así como ciertos rasgos de humorismo macabro. Ahora bien, parece probado de que Chapman solía practicar ambas cosas. Así, por ejemplo, el Destripador iniciaba sus mensajes con las palabras "Dear Boss" (querido patrón) y se valía de expresiones tales como "just for jolly" (para bromear), como en la frase: "next time I shall clip the lady's ears off and send to the police just for jolly" (la próxima vez cortaré las orejas de la dama y las enviaré a la policía para bromear). A un oficial envió cierta vez parte de un riñón humano, con la advertencia de que había freído y devorado la otra parte.

4.o) Los asesinatos del Destripador cesaron en Londres en los años 1891 y 1892. Chapman se hallaba por aquel entonces en Norte América donde ocurrieron crímenes similares "en la localidad de Jersey City", según reza en los comunicados policiales de la época.

5.o) La única descripción fidedigna que se tenga del Destripador es la que proporcionara la persona que vió a Mary Jeanette Kelly en compañía de su probable victimario. Le atribuía 34 a 35 años de edad, 5 pies y 6 pulgadas de altura (un metro con 68 ctms., aproximadamente), rostro moreno, y un bigote oscuro y tupido. Estas características corresponden exactamente a la persona de Chapman.

De todos estos paralelos, el único en ofrecer dudas es el de las cartas. Fuesen los mensajes recibidos por la policía del Destripador o no, (ahora se admite generalmente de que no lo fueron), nunca pudieron ser escritos por Chapman. Uno de éllos fué reproducido hace poco tiempo por el diario londinense "Daily Telegraph". Tanto la letra como la ortografía superan los limitados recursos del grotesco polaco, como se desprende de una simple lectura de sus cartas auténticas.

En cuanto a los crímenes cometidos en Norte América, es corriente relacionarlos con los de Londres. Sin embargo, una prolija investigación ha revelado que sólo uno de éllos guarda cierto parecido con los que tuvieron por teatro el siniestro barrio de Whitechapel. El asesinato de una anciana, llamada "Old Shakespeare", en abril de 1891, fué acogido por la prensa de Nueva York con la pregunta: "¿Está Jack, el Destripador, entre nosotros?" Un argelino, acusado del hecho, fué a parar a la cárcel, pero como persistieran las dudas acerca de su culpabilidad, los jueces acabaron por decretar su libertad. En cuanto a Chapman, sólo se sabe que hacia esa misma época vivía en Jersey City.

Los otros paralelos entre Chapman y el Destripador son suficientes, a nuestro entender, para hacer sospechar de que eran, en realidad, una misma persona. Y si ello no bastara, podemos añadir otra semejanza, indiscutible, esta: tanto Chapman como el Destripador fueron adictos al asesinato premeditado, frío y cruel, y siempre eligieron por víctimas a mujeres indefensas. ¿Puede concebirse que el monstruo que llenó de terror y de asco a toda Inglaterra, se contentase más tarde con el envenenamiento?

Ante este interrogante, son muchas las respuestas negativas. Sin embargo, hechos recientes ocurridos en Alemanias demuestran que un asesino puede variar sus métodos recurriendo indiferentemente al asesinato brutal con arma blanca, como a la acción lenta pero segura del veneno.

Cualquiera que fuese la identidad de Chapman, bastó la muerte de Maud Marsh para que la justicia norteamericana condenase a su victimario a la última pena. Mientras tanto, el misterio que rodea a uno de los hechos policiales más memorables de la historia subsiste, y la extraña figura del Destripador seguirá inspirando la imaginación de novelistas y dramaturgos.

Juan B. Preston

ILUSTRACIÓN DE Premiani

HERMANOS ENEMIGOS

por ANDRÉS CORTHIS

A LOS cincuenta años pasados, se continuaba aún, alrededor de Canet, y sobre la costa de San-Pol a Mataro, llamándolos "los mellizos", como cuando eran pequeños. Pero, a despecho de este nombre, que parecía aproximarlos, unirlos, y al contrario de la generalidad de los mellizos, estos dos se odiaban. Desde la infancia, una rivalidad constante, unos celos dolorosos, levantaban al uno contra el otro. No habían buscado ni obtenido ningún goce, pues cada uno hubiera muerto, quizás, de despecho, si su hermano hubiera conocido goces mayores a los suyos. Sus odios se observaban silenciosamente y no se traicionaban en nada, porque estos hombres eran creyentes y temían el castigo que se abate sobre los malos hermanos.

Su padre, que conocía los corazones feroces de Pepe y Kimet (que así se llamaban los hermanos), no había osado, en su testamento, partir su modesto haber. Sabía muy bien que, por más prudente que fuera, cada uno de sus hijos, envidiando al otro, maldeciría su memoria. El pequeño dominio quedó, por lo tanto, indiviso. Los mellizos lo explotaban por sí mismos. Vivían como los antiguos ermitaños. El dominio estaba situado en plena montaña, lejos de los caminos y las casas. Los dos hombres no bajaban al poblado sino cada quince días. Cuando se encontraban en el pueblo hablaban solamente con el almacenero que les vendía el azafrán y la sal, y con el panadero.

Con el tiempo, ciertas necesidades se les tornaron penosas. Lavaban mal sus ropas y la cosían peor aún. Y, a veces, antes que tomarse el trabajo de preparar la sopa, se acostaban sin comer. Por estas razones, sin duda, aunque duros y poco generosos, acogieron favorablemente una tarde una mujer mal vestida, de rostro muy blanco, cuyos pies sangraban dentro de unas zapatillas hechas pedazos.

Su pecho era alto, sus ojos vivaces, sus mejillas redondas como las mejillas de las mujeres muy jóvenes. Pero los mellizos, al principio, no se fijaron en nada de esto. La mujer les contó que estaba casada con un pescador de Calella; su marido la maltrataba, su madre también era cruel con ella; la miseria los volvía bestiales y se había visto obligada a fugar bajo amenazas de muerte muy próximas a cumplirse. Desde hacía tres días ella vagaba al azar. Media muerta de hambre como estaba, pedía a Pepe y Kimet que le dieran trabajo. La idea de ofrecer poco dinero y exigir mucho trabajo sedujo en seguida a los hermanos. Tomaron a la mujer a su servicio por un salario ridículo.

La mujer recobró, en cuanto se sintió en seguridad, un humor agradable. Como era activa y limpia, los hermanos no encontraban ningún reproche que hacerle. Un día que se encontraba lavando la ropa, interrumpió su tarea para cantar una malagueña, al borde de la fuente.

Su voz era apasionada y sorda. Kimet, ocupado en desbrozar una tierra cercana, paró bruscamente el flaco caballo que tiraba de su arado. Se aproximó y vió a la cantante. El olor de las rosas, la brillantez del sol no parecían venir hacia ella, sino salir de sus brazos desnudos, de sus cabellos claros, de su vibrante juventud. Kimet la miró largo rato. Pero alzando sus ojos un poco más lejos, observó a Pepe cargado de un saco de manzanas, que también observaba a la sirvienta. Y Pepe, a su vez, le vió. Ambos fingieron ignorarse, no hicieron un solo gesto. A la tarde, le hablaron con más dulzura, y Kimet, antes de haberse servido, le tendió el mejor racimo de uvas que contenía la frutera.

Pepe, al día siguiente, fué a Canet. De vuelta trajo un pañuelo para Lola, así como también unas zapatillas bordadas en rojo. Lola las tomó como había aceptado, la víspera, el racimo de uvas, con un reconocimiento emocionado que ponía en sus alegres ojos algo como un brillo de ternura. Pepe se sintió turbado por esta mirada. Y la pasión áspera, la pasión tanto más trágica y profunda a causa de que ellos no habían conocido nada semejante en el tiempo lejano de sus años juveniles, se apoderó de los dos hermanos con una fuerza igual.

Abiertamente, y sin parecer notar que ambos corrían hacia el mismo objeto, cortejaron a la extraña. Las órdenes que le daban ahora parecían más bien ruegos. La colmaban de presentes. Coqueta, comprendiendo todo, Lola se reservaba, no por virtud, sino por un prudente cálculo. Nada aun dejaba adivinar sus preferencias. Y Kimet se decía: "Si ella cede a mi hermano, lo mataré". Y los pensamientos de Pepe eran idénticos.

Sin haberse dirigido jamás una amenaza, ambos conocían sus intenciones homicidas y toda la violencia de sus pasiones.

Una tarde, Pepe, dijo:

—Es preciso que se vaya.

Y Kimet aprobó, inclinando la cabeza silenciosamente. Pero la partida misma de Lola no les hubiera calmado. Dondequiera que estuviese viva sería fácil escribirle, juntarse con ella. Tortura de amor, de odio, de sospechas, cada uno de aquellos hombres pensaba menos en su propio deseo que en el placer hipotético que obtendría el otro. Sufrían tanto que sus miradas, cuando por casualidad se chocaban, se conmovían como con una sombra piadosa.

La misma, terrible idea les vino a los dos. ¿Osarían hablarse? Esto es poco probable. Con medias palabras, con miradas, se adivinaron. Y quizás fué obra del azar el hecho, de que, una noche se encontraran ambos marchando sobre el mismo camino.

Era el camino que conducía a la cabaña destartalada donde Kimet, dos horas antes, había encerrado a Lola. Desde hacía tres días la habían encargado de amontonar, en un galponcito cerca de la cabaña, leña hachada, para la provisión invernal. Una noche un hermano y la siguiente el otro, encerraban siempre a Lola y el encargado, que sabía que le iba la vida en cumplir en el menor tiempo la diligencia, retornaba con la llave que se colgaba a la vista de ambos, en una pared del dormitorio.

Aquella noche los guiaba un idéntico demonio. Pepe y Kimet acarrearon leña hasta la puerta de la cabaña. Con paja seca encendida, la inflamaron. El olor acre de la naciente hoguera se elevó en el aire húmedo. Los dos hermanos se alejaron en silencio. En el flanco de la más próxima colina, se sentaron lado a lado, sobre una gran piedra. Permanecieron recogidos en sí mismos, horriblemente silenciosos. Las llamas comenzaron a elevarse. Pronto se multiplicaron, altas, torneadas, murmurantes. Los dos hombres no se movieron. Pero un grito sobrehumano, desgarrador, que llegó hasta ellos, les hizo incorporarse como electrizados.

Dieron un paso hacia adelante. Pero al chocarse sus miradas, retrocedieron, primero despacio, después a toda velocidad, en medio del bosque, desgarrándose entre las zarzas, con las manos, apretadas, hundidas hasta hacerse sangre, contra los oídos.

